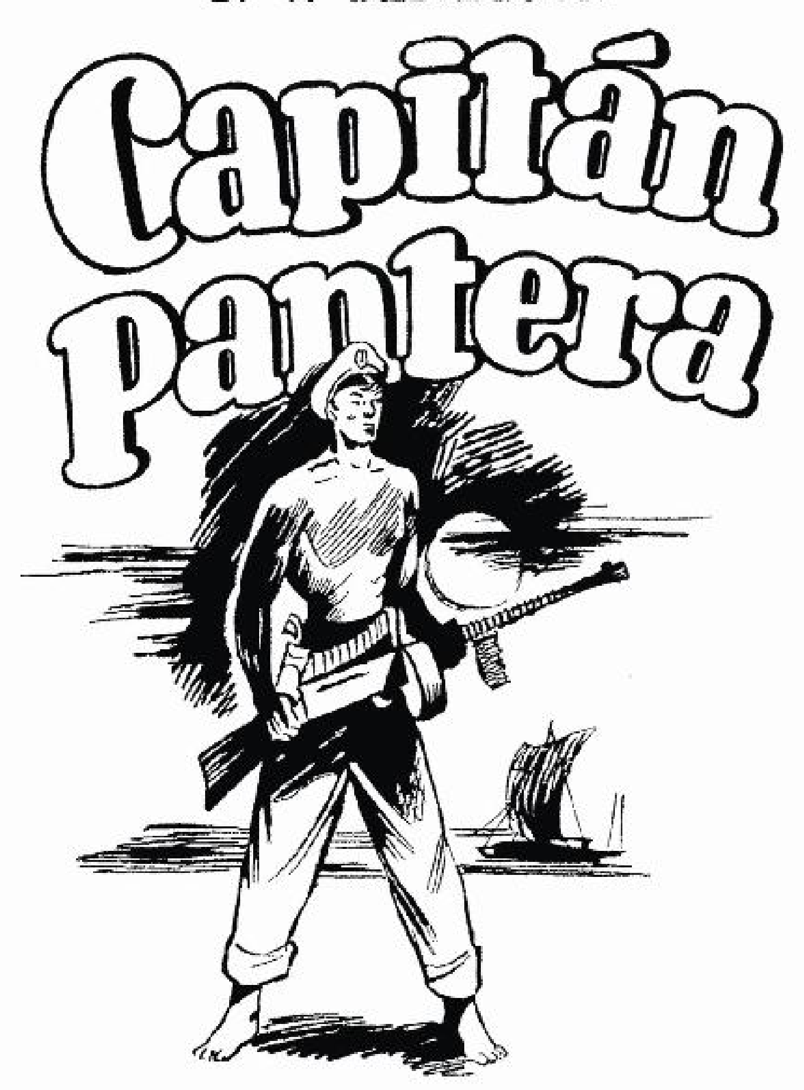

CAPITAN
Pantera
3
PTAS
LA ISLA PROHIBIDA

P. V. DEBRIGODE



PUBLICACIONES LUX
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD

SIMPAR, S.A. – Provenza, 330 – Barcelona



Por P. V. DEBRIGODE

Prólogo

El 12 de septiembre de 1914 los indígenas de una isla de las que formaban parte del Archipiélago del Emperador Guillermo fueron convocados a reunirse en la ancha explanada que se hallaba al pie de un volcán extinto.

Obedecieron la orden del jefe de su raza y aunque sin gran entusiasmo sentáronse en cuclillas alrededor del estrado donde un representante de la República Francesa, bajo el mástil que ondeaba al viento el pabellón tricolor, leyó un solemne manifiesto en «petitnégre».

Aquel lenguaje, inusitado en las comunicaciones oficiales, añadió sin embargo aun más fantasía a la ceremonia.

El representante de la República Francesa se expresaba en términos pintorescos, impropios, al parecer, de un oficial de marina recién desembarcado del blanco cañonero anclado a la vista de los reunidos…

—«Mirad nueva bandera, hermosa bandera… Hermosa bandera pertenecer franceses y más hermosa otra bandera antes… Muchacho francés ser más hermoso que el otro muchacho alemán de antes… Muchacho francés amar mucho, mucho muchacho indígena, y muchacho indígena debe amar mucho, mucho muchacho francés. Él defender muchacho indígena, pero muchacho indígena ahora no deberá comer carne hombre, no deberá matar, no hacer fuegos, no ser muchacho malo…»

Como esperaban, según ley había comunicado el viejo jefe, una reducción de los tributos establecidos por los anteriores colonizadores alemanes, los indígenas escuchaban el discurso con aire complacido y el oficial francés preveía que al manifiesto obtendría una aprobación unánime y ruidosa.

Siguió leyendo en su francés del Pacífico:

—«Todas islas contornos quedan poder Francia, Inglaterra y Australia, grandes, muy grandes naciones blancas…»

Uno de los indígenas gritó estentóreamente pidiendo a su modo la palabra. No era más que un canaco como los otros, pequeño de talla, negro y pintarrajeado, pero demostró cierta lucidez envidiable cuando expresó su opinión, después que el jefe indígena solemnemente y el oficial francés con gesto magnánimo le permitió hablar.

—Yo no comprender, hombre blanco de ropas blancas. Nosotros ayer amigos blancos alemanes, y tú decir que hoy somos enemigos ellos. ¿No sois todos blancos y tenéis mismos barco y piel aunque distinto lenguaje? ¿Por qué si todos blancos y nosotros todos pobres canacos buenos, no tenemos que obedecer a los de ayer y tenemos que obedecer a ti que eres de los de hoy?

El oficial francés se encogió de hombros y apeló a un argumento definitivo y aplastante por su lógica:

—Tú ser canaco bueno y no puedes comprender lo que piensan y hacen hombres blancos.

Continuó leyendo, y de cuando en cuando sus promesas de futura prosperidad arrancaban ruidosas aprobaciones entre sus oyentes. Los diminutos negros de lanudo pelo crespo, aclamaban con sus voces roncas al orador.

Pero de pronto un silencio glacial testimonió que su pueril alegría acababa de sufrir una sensible disminución.

El orador terminaba de leer una frase:

—«…y vosotros ser buenos muchachos canacos, y vosotros no robar mujeres por fuerza.»

Fué una ducha fría. Pero la música de los marinos franceses reanimó la ceremonia y empezó la distribución de los regalos de pacotilla. Los canacos olvidaron, pues, la última frase del oficial francés y gritaron:

—¡Nosotros ser buenos muchachos!

Y resonó en el litoral de la isla llamada Birara el hueco palmeteo de los tambores, mientras los que no tocaban, enarbolaban sus lanzas y escudos en manifestación de alborozo.

Pensaban en los pequeños poblados que atravesarían al regreso a sus chozas del interior y a las negritas sonrientes que elegirían para llevárselas…

Resumiendo: todo el mundo parecía contento de que la antigua Tierra del Emperador Guillermo, la «Kaiser Wilhelmland» y todas la islas circundantes en un vasto perímetro al que pertenecía Birara, perímetro que incluía también los volcanes, caníbales, palmeras, leprosos, tiburones y cocodrilos, perteneciera ahora, en reparto nuevo, a ingleses, franceses y australianos.

Los alemanes que habitaban las islas no intentaron resistencia ante la superioridad numérica de las tropas que fueron desembarcando sucesivamente en todas las islas, semanas después de la declaración de la guerra.

Los plantadores, funcionarios, cazadores y misioneros alemanes se sometieron voluntariamente al nuevo orden de cosas; los soldados

fueron enviados a un campo de concentración instalado en Australia; los barcos con pabellón del *Kaiser* fueron aprehendidos, y la vida continuó exactamente igual que antes.

De cuando en cuando se oía a lo lejos el crepitar de ametralladoras y cañones cuando los barcos aliados pretendían cazar la nave del Conde von Luckner, que sembraba el desconcierto por entre los islotes del gran archipiélago.

Cuando llegó el armisticio, en algunas islas, las mayores, habíase ya conseguido reorganizar las antiguas colonias alemanas. Pero en las más pequeñas reinaba la más completa anarquía.

Y una de las más anárquicas era Birara…

No cambió de nombre, aunque sí sus montañas, ríos y lagos fueron rebautizados, procedimiento que desconcertó algo a los canacos de Birara, que para no imponerse nuevos trabajos siguieron nombrándolos como les habían acostumbrado los alemanes.

Pero si Birara fué paulatinamente siendo abandonada, debíase a que su selva era demasiado insalubre y peligrosa, y lo que producía no valía la pena de exponer vidas de funcionarios que continuamente recibían la visita de la Muerte…

Al principio, los canacos de Birara se mantuvieron a la expectativa. Vieron que en vez del líquido espumoso y amarillo, los nuevos blancos del litoral bebían un líquido rojo u otro verde, y que la única ciudad blanca del litoral, llamada ahora Gazel, en vez de Dammkoehler, no sufría modificación aparente.

Gazel era pintoresca. En la falda de una colina verdeante cuya base bañábase en el mar, con sus «bungalows» blancos en las márgenes de anchas avenidas de cocoteros y flores de exóticos aromas, con su extinto volcán que se yergue en el horizonte, y su playa rocosa donde vienen a susurrar calmosamente las verdes olas del Pacífico, Gazel daba la impresión de un pequeño paraíso terrestre.

Cuando la noche caía, una fresca brisa acariciaba los troncos de las palmeras, y pájaros de raros colores revoloteaban entre las hojas anchas, y al claro de luna, gigantescas tortugas emergían del mar arrastrándose perezosamente por la arena.

La diferencia de bebida fué apreciada por los canacos, pero no la de costumbres, ya que no eran tan observadores como para ello. Vieron que los nuevos plantadores se ocupaban de sus cultivos, que los pocos oficiales se ocupaban de las mujeres de los plantadores y que los funcionarios parecían no ocuparse en nada.

Volvieron al interior, y en sus selvas vírgenes continuaron matándose y devorándose mutuamente, cortando cabezas y estrangulando las mujeres que por su edad eran ya inútiles.

Cerca de los ríos que venían del interior, los cocodrilos extendíanse al sol, alejándose de Gazel.

Y Gazel fué disminuyendo sucesivamente de población blanca, porque el Miedo se extendió… Un Miedo ancestral, aun más acuciante por la razón de que Birara era una isla sin oro.

La fiebre del oro… Fiebre que convirtió todo el archipiélago menos la isla de Birara y alguna otra más, en actividad creciente e incesante. Se construyeron rutas, se abrieron comercios, se elevaron edificios, se exterminaron los mosquitos, y se organizaron expediciones a través de las espesas selvas.

Exploradores y aventureros, fusil al hombro, se desparramaron por todas las islas. Pero dejaron sin explorar la isla de Birara. No había oro, como informaban los geólogos.

La ausencia de oro y el Miedo hicieron que quedara abandonada totalmente la isla de Birara por funcionarios y plantadores.

Gazel parecía una ciudad muerta en el año 1920.

Capítulo I

UN CAPITAN MERCANTE SIN MERCANCIA

El velero navegaba lentamente por entre un dédalo de islotes, más bien merecedores del nombre de escollos.

Su timonel, un robusto chino, manejaba diestramente la rueda, con orgulloso ademán. Le gustaba demostrar que él, Ling, sabía surcar todos los pequeños mares que componían el periplo comprendido entre las costas australianas y las japonesas.

Aumentó su orgullo cuando junto a él se detuvo un individuo larguirucho y de pelo rubiorrojizo enmarañado. Vestía un pantalón azul, y el resto de su cuerpo estaba desnudo.

Sus pies chapoteaban recientemente mojados en ducha salada.

—¿Qué rumbo llevamos, Ling? —inquirió en chino el individuo de rostro juvenil, pero de rasgos endurecidos prematuramente.

—Hacia mar libre, capitán Pantera. Entonces me ordenarás tu rumbo.

El apodado capitán Pantera rió sin entusiasmo ni alegría.

—¿Mi rumbo? Bien quisiera saberlo. Dame tu opinión, Ling, sobre lo que tú creas es este velero.

—El «Panther» es barco como no, hay otro, capitán Pantera. Llegará donde tú mandes y quieras.

—No has comprendido mi pregunta, macaco. Yo tengo un librito-cartera que dice que me llamo Ross Maloney y que soy capitán mercante. Tú sabes que de piratas os he convertido en mercaderes flotantes. Pero… ¡maldito sea yo! ¿Dónde está la mercancía?

Sin aguardar respuesta, prosiguió hablando incisivamente:

—Volveremos a Shanghai, Ling. Allí hay dolares y negocios. Aquí todo son islas oliendo a tiendas de perfumería. Mucha agua, salvajes, pedruscos y plantas. Me siento por estos parajes más perdido que cuando niño me encerraban en los establos sin ganado. Volveremos a Shanghai, y allí al menos sabré por donde me ando, porque conozco aquel ganado. Rumbo a Shanghai, Ling.

—Tú mandas, capitán Pantera. Pero Shanghai está ahora muy lejos del «Panther».

—Para eso es un velero ese cacharro. Tú eres mi piloto, Ling. Tú sabrás escoger el camino más seguro y menos largo.

Quedóse Ling contemplando el horizonte, en atenta vigilancia del camino líquido.

Los demás tripulantes iban poniéndose en pie y saludando respetuosamente al paso del hombre que dirigíase hacia su camarote.

El habitual sentido de complacencia que se apoderaba de Ross Maloney siempre que pensaba que de simple grumete huyendo de una granja allá en Kansas, había logrado ser dueño de un velero resistente tripulado por noventa antiguos piratas chinos, que le obedecían ciegamente, sufría ahora un eclipse.

Entró en su camarote, donde ya Fen-Ho, el cocinero, le aguardaba con la bandeja del desayuno copioso.

—Comer de los ahorros es propio de viejos rentistas, macaco —dijo el norteamericano, sentándose tras la mesa.

El cocinero limitóse a sonreír, en ferviente y muda aprobación. No entendía el significado de lo que le decían, pero lo decía el capitán Pantera.

—Té, pollo, pan, arroz… —fué especificando Maloney, disponiéndose a comer—. La despensa bien repleta, pero mi barriga no está contenta. Ahueca, Fen-Ho. Puedes largarte. No te necesito.

Fen-Ho saludó tres veces rápidamente, con inclinaciones de busto, y abandoné el camarote.

Desayunó Maloney y poco después, reclinábase contra el tabique. Encima de su cabeza, colgando de un clavo en el tabique, un fusil ametrallador rozaba con su culata los rojos cabellos.

Una silueta dibujóse en el umbral. Era Tian, el viejo pirata, lugarteniente del «Panther».

—¡Hola, abuelo! —saludó Maloney casi agradeciendo la presencia del chino que dominando todas las marrullerías que había aprendido a lo largo de su azarosa vida, tenía no obstante la clásica puerilidad que bajo su astucia es característica del temperamento oriental—. Puedes entrar, que hoy estoy de mal humor, pero tu vista me alegra. Eres un viejo carcamal simpático.

Según ya otra vez le había traducido el «huracán luchador», viejo carcamal significaba para Tian un gran elogio: era reconocer su experiencia y sagacidad.

Entró y tras las consabidas reverencias rápidas, levantó la diestra.

—Habla, abuelo. A veces dices cosas instructivas.

—Te oí cuando te dignabas verter confidencias en los oídos de Ling, capitán Pantera.

Sonrió el americano, contemplando humorísticamente al que delante de él, en pie, exhibía su flaca humanidad fibrosa.

—Quien escucha a hurtadillas y lo confiesa, no peca, abuelo Tian.

Supongo que tú sabrías comprender lo que yo quería significar. Ling es un gran piloto y un excelente peleador. Pero no posee tu inteligencia ni tus dotes de viejo astuto, fuerte en la pelea y sabio en el hablar.

Tian demostró arrugando la faz que era sensible al elogio. Sonreía con mueca algo siniestra, como una momia de ojos rasgados y piel pergaminosa.

—Tú conocer los hombres, capitán Pantera. Y yo he sabido comprender lo que tú querías decir. Y porque tú no conoces lo que es el miedo, yo suplico que tú ordenes que venga aquí el malayo Tandkung.

Maloney abrió el cajón de la mesa y de él extrajo una carpeta de hule, de cuyo interior sacó una libreta. La abrió y con el dedo fué recorriendo los nombres dispuestos por orden alfabético que componían el total de los tripulantes del «Panther».

—Ya decía yo que no era mi memoria que fallaba, sino que no tenía apuntado a ese Tandkung. ¿Con qué otro nombre se le llama?

—Sólo Tandkung, y es Tandkung —replicó Tian.

—Escucha, viejo asno. Aquí tengo la lista de mis macacos, y no hay ningún Tandkung.

—En el puerto de la isla de donde zarpamos ayer, murió el anamita Chuipoó, capitán Pantera.

—¡Cáscaras! —exclamó Maloney trazando con un lápiz una raya encima del nombre que acababa de citar el viejo Tian—. ¿Y por qué no me lo comunicaste?

—Mísera es la vida de un anamita para que yo haga perder tu tiempo diciéndotelo. Cumplí lo que me ordenaste cuando navegué bajo tus órdenes directas allá en el Yang-Tsé. Yo, muy honrado, acepté ser el que sustituyera a los muertos en lucha o por enfermedad, con otros que a mí entendimiento me parecieran valiosos. Y después de arrojar al agua al inservible Chuipoó acepté al malayo Tandkung, porque es fuerte, joven y oyó hablar de la Isla Prohibida, de la isla del Miedo…

Ross Maloney en la hojita destinada a la letra «T» estaba apuntando con cierta dificultad el nombre de Tandkung. Levantó la cabeza, examinando al viejo chino.

—¿Ya empezamos con los cuentos orientales, abuelo? Sabes que yo detesto las cosas que no son claras. ¿Qué cáscaras es eso de la Isla Prohibida y del Miedo? ¿Qué tiene que ver con lo que yo le dije a Ling acerca de que soy un mercader sin mercancías?

—Tú buscas fortuna, capitán Pantera.

—Exacto.

—Puedes hallarla, porque tú no conoces el miedo.
—Según y cómo.
—Suplico órdenes que venga Tandkung.
—Bueno. Pero habrá una baja más como venga el malayo con historietas raras. Porque estoy ya hasta las narices de tanto adorno con que explicáis las cosas.
—¿Puedo ir en busca de Tandkung?
—Tráelo.
Pero Tian no se movió. Limitóse a gritar:
—¡Entra!
A la exclamación, sucedió la aparición en el camarote de un sujeto de rasgos achatados y piel olívica. Era un ejemplar robusto de la raza malaya, y su fisonomía denotaba inteligencia.
Inclinóse ceremoniosamente por tres veces…
—Este es el malayo Tandkung, capitán Pantera. Habla bien el chino y el inglés, como yo —presentó Tian con prosopopeya.
—En inglés las cosas quedan más claras. Veamos, muchacho. Mi lugarteniente acaba de contarme varias historias que no quiero tú me repitas. Pero procederemos por orden. ¿Dónde te enroló Tian?
—En Tandjong-Priok, el puerto de Java, mi capitán —replicó en excelente inglés el malayo.
—¿Qué hacías allí?
—Deserté de un mercante inglés, mi capitán.
—¿Por qué?
—Robé un plano de la cámara de los oficiales pilotos, mi capitán.
Ross Maloney contempló con agrado el semblante varonil y decidido del malayo.
—Al menos tienes la cualidad de reconocer tus actos. Por ahora vas bien, Tandkung. Explica si quieres el motivo por que robaste un plano de la cámara de pilotos.
—Era una carta marina, donde se señala la posición de la Isla Prohibida, mi capitán.
—Escucha, buen mozo. Hablas como un londinense, y pareces un chico listo. No empieces a divagar… Tian me ha enseñado la entrada de un laberinto, y tú tienes que enseñarme la salida o de lo contrario os voy a moler a palos a los dos. No hay Islas Prohibidas, porque el Pacífico es un mar y estamos en el año 1920.
—La isla prohibida se llama Birara, mi capitán.
—Eso ya empieza a tener claridad. ¿Qué pasa en Birara?
—El miedo ahuyentó a los blancos. El miedo domina a la gente del mar y nadie se acerca a Birara.
—Pues que siga Birara donde está, que nada se me ha perdido allí.

Tian me ha dicho que te enroló porque eres fuerte. Es verdad. Porque eres joven. También es verdad. A mi bordo el que roba un alfiler es castigado.

—A tu bordo nada robaré, mi capitán.

—Asunto aclarado. Pero no así la razón por la cual Tian me dijo que te enroló después de oírte hablar de la Isla Prohibida. Procura explicarme esto con detalles de hombre que habla inglés como tú lo haces.

—Le dije a tu lugarteniente, mi capitán, que un velero como éste, si es mandado por un hombre valiente puede en Birara hallar una fortuna enorme.

—¿Sí? ¿Tú has estado en Birara?

—No, mi capitán. Cuando nuestro barco, el último en que yo navegaba, se surtía de agua potable en una isla del archipiélago de los canacos, oí hablar por vez primera de Birara a un canaco natural de la isla. Estaba escondido entre hojarasca, mal herido. Yo sólo le oí. Deduje que había huido de Birara, aunque no comprendí mucho de lo que decía. Pero en cambio de su cinto cogí esto.

El malayo colocó encima de la mesa un bulto que acababa de extraer de un saquito que colgaba de su cuello.

Ross Maloney examinó lo que semejaba una piedra amarillenta…

—Oro, mi capitán —dijo Tandkung—. Oro virgen.

—Vaya, hombre. Es la primera vez en mi vida que veo yo este metal en estado puro. Bien, pues eres casi un hombre rico, Tandkung. Pero no te creerás que por la sencilla razón de que un canaco robó una mina y tú robaste al canaco, voy yo a poner proa a Birara. Ya habrá allí verdaderas nubes de blancos organizados en «trusts» y compañías, hormigueando como topos perforando por entero Birara.

—No hay blancos en Birara, mi capitán. Me informé en Tandjong-Priok. Nadie va a Birara, que quedó abandonada porque un sabio blanco dijo que Birara no tenía tan siquiera una sola veta de oro.

—Entonces, si no van los blancos a Birara, ni hay oro, menos motivos para que yo vaya.

—El canaco moribundo, mi capitán, habló de Birara y me dijo sin saberlo, en su agonía, que Birara estaba llena de piedra amarilla, por la que tanto luchaban los blancos.

—Ese es un lío, Tandkung. Si hubo un sabio blanco, seguramente un geólogo, que aseguró que en Birara no había oro, es que no hay oro.

—Yo averigüé el nombre del sabio blanco en Tandjong-Priok, mi capitán. Dicen que era el hombre más sabio en su ciencia. Sí, un geólogo. Un geólogo llamado Hans Rein… Y el canaco, antes de morir,

balbuceó el nombre de Hans Rein, añadiendo que era un blanco que había engañado a todos los blancos.

Ross Maloney rascóse la sien. Por espacio de varios instantes miró alternativamente el pedrusco y el rostro del malayo.

—Dame la carta marina donde está Birara.

Del mismo saquito donde antes extrajo el oro sacó Tandkung un tubo de metal, que colocó encima de la mesa.

—Esta es la carta marina, mi capitán. Y he conseguido también un plano de Birara. El litoral, que es lo único explorado. Sólo hay un poblado en la costa que antes fué habitado por blancos. Se llama Gazel.

Capítulo II

LA CIUDAD SIN HABITANTES

Cuando el piloto Ling amarró el timón y dió orden de lanzar las anclas en el banco de arena a pocas brazas de profundidad bajo el casco del velero, aun distaba varias millas la isla que había sido tomada por meta de navegación, valiéndose de la carta marina facilitada por el malayo Tandkung.

Obedecía al maniobrar así las instrucciones de Ross Maloney, que al inmovilizarse el velero asomó por la borda del castillete de proa.

La tripulación entera, atendiendo las indicaciones de Tian, formaba ya en cubierta.

Ross Maloney vestía su equipo de «tierra». Gorra galoneada, guerrera blanca sin abrochar, camisa de seda, cinturón-canana con dos «Colt», pantalón azul y zapatillas de tenis.

Pero había añadido un complemento. Colgaba de su cuello el correaje del fusil ametrallador, que atravesaba horizontalmente su pecho.

Alzó una de sus largas piernas hasta quedar cabalgando encima de la borda, a tres metros por encima de las cabezas de los tripulantes.

—Al parecer, hay buena mercancía en aquella isla, muchachos. Pero hay sus misterios en este negocio. Dicen que el miedo hizo partir a todos los blancos. Intentaremos averiguar qué clase de miedo vamos a recibir. Con este tambor —y Maloney dió un golpe en la pieza que citaba de su fusil ametrallador— creo que logro asustar al mismísimo miedo.

Señaló hacia lo lejos en dirección a la isla.

—Con mis espejos, que ven mucho, he estado ojeando la ciudad blanca que está en la ladera de la colina. La llaman Gazel, pero nadie reside en ella. En cambio, en el interior hay mucha hierba alta y por entre ella he visto rostros pintados, desagradables a la vista. También he visto lanzas y escudos. Según parece por las explicaciones que el malayo Tandkung me ha dado, hay habitantes en la isla Birara. Son canacos y babean de gusto cuando le hincan el diente a uno de sus semejantes. Es, pues, cuestión de que no nos hinquen el diente.

Ross Maloney palmeóse el pecho por encima de su fusil ametrallador.

—Personalmente no quiero pelea con esos canacos. Pero si nos atacan, se tratará de demostrar que no queremos servir de banquete forzoso, y mal entendido, ya que los que comen se sientan a la mesa y no se meten dentro de las bocas de los invitados. Desembarcaremos preparados a todo, y si doy orden de galopar hacia el velero, el que se quede en la isla apechugará con las consecuencias.

Rió el americano con desenfado juvenil…

—Un tesoro, muchachos. Cuando leía cuentos de tesoros, siempre anhelaba encontrar alguno. Puede ser que este tesoro se halle en Birara. Pero para catar la miel hay que soportar las picaduras de las abejas. Os he avisado de que desembarcar en esta isla puede ser algo peliagudo. También os digo que si os precederé en mi lancha que vomita fuego y corta el agua como un rayo a flor de agua es porque creo que hay mucho de cuanto en eso del miedo y bastantes probabilidades de buena mercancía, si no en esta isla, en alguna de alrededor. Pero en ésta tenemos la ventaja de que no hay competidores. Y es buen negocio aquel que empieza sin contrincantes… porque espero que los canacos nos dejaran en paz, por las buenas o por las malas. He dicho y no escupo ni media más. ¡Tian! Al frente de tu grupo. ¡Ling! Al frente del tuyo. A las lanchas. Y a bordo tan sólo el timonel y cinco macacos para la maniobra de lanzar los trapos al aire si tenemos que salir como liebres.

Media hora después, ocho lanchas iban remando hacia Gazel. Las precedía una canoa automóvil tripulada por Ross Maloney…

Gazel seguía siendo aparentemente una pequeña ciudad de blancos «bungalows» paradisíacos. Pero la vegetación inundaba las ventanas y las terrazas de los edificios coloniales.

No se veía rastro alguno de seres humanos. Tan sólo en los lejanos matorrales de la cima de la colina de escasa altura se divisaban de vez en cuando los destellos que arrojaba una lanza al ser herida por el sol.

Detuvo Ross Maloney su canoa en brusco frenazo, junto a una roca que antaño debió servir de desembarcadero, porque tenía en su superficie varías argollas y daba acceso a la playa, permitiendo por el fondo suficiente del agua que la canoa quedase flotando y sujeta por su cadena de anclaje.

Saltó Maloney a tierra pisando la roca. Quitóse la correa del cuello y calculó que la distancia que le separaba de la cima de la colina era suficiente para que ninguna lanza ni flecha pudiera herirle.

Las lanchas acercábanse y estratégicamente entraron en ancha línea hasta ser sujetas a otras rocas semejantes a la en que se hallaba, en pie, Ross Maloney.

La playa de Gazel siguió en silencio impresionante, pero ahora una

hilera de chinos con yataganes desnudos en alto extendíanse a la izquierda y a la derecha del hombre que con el ametrallador en ristre empezó a andar hacia la silenciosa ciudad de los «bungalows» deshabitados.

—¡Cáscaras! —exclamó de pronto Ross Maloney, deteniéndose.

Le imitaron los chinos en la detención y también en la sorpresa. Del primer «bungalow» más cercano a la playa acababa de salir un ente extraño por inesperado.

Era un blanco, aunque su piel estuviera ennegrecida por efectos de un bronceamiento debido al sol. Alto y encorvado, su flacura tenía algo de ascética.

Vestía un pantalón arrugado de dril amarillento. Andaba con los pies desnudos y no llevaba más prenda que el pantalón y un cinto.

Una mata de pelos negros sombreaba su pecho, así como en sus antebrazos también la excrescencia pilosa era abundante. Llevaba una barba de color más claro que el pelo que cubría su pecho y su cabellera era castaña, abundante y demostrando desconocer el peine.

Avanzaba con los brazos abiertos, casi con ademán de sacerdote bendiciendo a la muchedumbre.

—¡Cáscaras! —repitió Ross Maloney cuando ya el individuo distaba tan sólo cinco pasos—. Quédese donde está, hermano.

La parte de rostro que le quedaba visible mostraba una nariz irregular en su forma y unos ojos pardos, inteligentes, hundidos…

—¡«Hey»! —masculló Ross Maloney cuando ya el individuo distaba tan sólo cinco pasos —. Quédese donde está, hermano.

El que avanzaba se detuvo. Siguió con los brazos abiertos en mudo abrazo.

Los chinos seguían vigilando los matorrales de la colina. Se desentendían de aquel individuo que estaba ya bajo la vigilancia del capitán Pantera.

—¿Quién es usted? —interrogó Maloney—. Según mis informes, aquí no había blancos.

—No los hay —habló por vez primera el misterioso poblador de Gazel.

Su voz era bien timbrada, sonora. Pero hablaba con dificultad el inglés, como si fuera para él un idioma casi olvidado. Su acento no era británico…

—No los hay —volvió a decir.

—Usted lo es, hermano —y Maloney avanzó dos pasos.

—No quiero serlo, «monsieur». Hallé la redención y la plenitud espiritual en Birara. Pero yo sólo puedo disfrutarla. Otro blanco moriría, porque en la isla sólo hay caníbales.

—Usted está entero.

—Fui el último de los franceses que aquí quedó. Soy médico y los canacos me quieren, porque de mí sólo han recibido el único bien que la civilización depara, «monsieur»: la ciencia de curar.

Ross Maloney abatió el cañón de su arma, apuntando hacia el suelo. El francés seguía con los brazos abiertos y de pronto tuvo Maloney un chispazo de comprensión.

Veía en el gesto del que se le antojaba un loco misántropo un símbolo de protección a modo de barrera entre los recién llegados y la colina infestada de canacos.

—Me llamo Ross Maloney, capitán mercante.

—Robert Charles. Adiós.

Ross Maloney rió divertido.

—¿Adiós? Acabo de llegar, «monsiú». Vengo a visitar la isla y he hecho un largo viaje.



Robert Charles cambió bruscamente…

—Extravió la ruta, capitán. En Birara nadie se detiene. Cuando un mercante arribó a esta playa por desconocer qué isla era, atendió mis explicaciones. Y se marcharon.

—Yo he venido sin malas intenciones, doctor. Si usted tiene influencia, como adivino, en los canacos que se agazapan allá arriba, dígales que no habrá pelea. Dígales también que no estamos dispuestos a servirles de asados.

—Váyase, capitán. Los canacos están ya en completo estado salvaje.

—Usted vive y donde hay un blanco pueden vivir dos.

—Yo les curo. Soy uno más de ellos. Vivo en un «bungalow», porque era el mío, y en él tengo mis libros, mi gramófono y mis cuadros. Usted no puede quedarse.

—¿Usted me lo prohíbe?

—Sí.

—¿En nombre de qué ley?

—La ley no escrita. Una ley que mis semejantes ignoran. Una ley hecha de bondad, de paz, de satisfacción, porque aquí no hay ambiciones, ni luchas, ni vanos deseos —ya medida que hablaba, el francés parecía transformarse en un ser incomprensible, fanático, iluminado por un fuego interior—. Vivo entre pobres infelices dotados de instintos crueles, pero sin maldad. Seres que desconocen los problemas en que se debate nuestra humanidad de civilizados. Estoy entre ellos desde hace dos años, a solas. Y moriré entre ellos, habiendo conocido por vez primera lo que es la felicidad. Es un estado sin ambiciones, donde la soledad es rica en sugerencias… Pero le hago sonreír, capitán.

Ross Maloney sonreía, pero sin burla. Sentíase incómodo, porque en los ojos del médico había mucha bondad y en sus palabras una cálida sinceridad, de convencimiento.

—No es por mofa, doctor. Quizá tenga usted razón, aunque yo no entiendo de misantropías ni de filosofías.

—Tiene usted pocos años. Yo cumplí los cuarenta y uno anteayer y los canacos celebraron danzas en mi honor. Váyase, capitán. En las otras islas hallará seres como usted, jóvenes, fuertes, sin filosofías de amargura, pero amargados… Yo tengo el éxtasis de haberme hallado y comprender muchas cosas que antes despreciaba.

—Hagamos un trato, doctor. Yo le doy todas las garantías de qué no pretendo hacerles ningún daño a los canacos. Usted garantíceme que les convencerá de que no empleen violencias contra mí y mis hombres.

—Dígame por qué insiste en quedarse en Birara.

—Soy pobre y quiero ser rico, doctor.

—Considero muy natural su deseo, capitán. Pero en Birara no hay riqueza. Por eso ha quedado abandonada, porque los ciegos buscan la riqueza material y olvidan las riquezas espirituales. Todos los blancos son ciegos.

—Bueno. Quizá tenga usted razón. Quizá cuando sea yo millonario entonces podré dedicarme a buscar las riquezas espirituales. Pero ahora he venido a Birara para empezar la casa por los cimientos.

—En esta isla sólo hay fiebres, cocodrilos y canacos, capitán.

—Y oro.

El semblante de Robert Charles cambió bruscamente. Fué tan sólo un instante. El suficiente para que Maloney mentalmente se sintiera satisfecho, como cuando allá, en la feria de su pueblo, acertaba en el blanco con un mal fusil.

—¿Oro? Ha sido usted mal informado, capitán. Cualquier blanco de las demás islas sabe que en Birara no hay ni una pepita de este metal. Un sabio geólogo, universalmente conocido y reputado, demostró documentalmente que Birara carecía del metal codiciado estúpidamente por los que no han podido adivinar que el oro es el culpable de cuantos crímenes se cometen. Hans Rein, que éste fué el geólogo austriaco que con su prestigio científico dictaminó la pobreza aparente del suelo de Birara, salvó a esta isla del actual desastre. He dicho aparente, porque precisamente por no tener oro es Birara rica. Perdóneme si hablo tanto. Hace tiempo que no había visto a un europeo. En usted lo que me hace ser locuaz es verle tan joven… y, sin embargo, tan audaz.

—¿Dónde está mi audacia?

—Es usted el único blanco al mando de orientales. Un mando que no acatan voluntariamente.

—Ellos sí, porque les trato como debo. Cordialmente, pero a puntapiés cuando confunden la cordialidad con otra cosa. Pero no me repute audaz, ya que más lo es usted viviendo solo entre caníbales, de nuevo salvajes por el abandono de la isla.

Miró Maloney hacia la cumbre de la colina. Seguían allí apostados entre el boscaje los canacos.

Y en la playa seguían extendidos en larga hilera los piratas chinos, expectantes y aguardando la orden del capitán Pantera para avanzar.

—No hay temor, capitán —dijo de pronto el francés—. Los canacos, aleccionados por mí, saben que no deben actuar contra quien no rebase el límite de los «bungalows». ¿Puede usted responder de sus chinos como yo de mis canacas?

Estudió el americano por unos instantes el rostro del médico. Pero no leyó ninguna amenaza en los ojos…

—Quizá más, doctor. Pero escuche. Tratemos el asunto como negociantes. Yo echaré un vistazo al interior, y si no hay oro me marcharé. Usted dígales a los negritos aquellos con tanta pintura en el rostro que yo soy un buen chico, sin malas intenciones.

—¿No le basta mi afirmación de que no hay oro en Birara? ¿No lo ha oído afirmar a cuantos buscadores de minas hay en el archipiélago?

—Vengo de lejos, doctor. He hecho un largo viaje con afán… ¿cómo diría yo?… con afán de explorador.

—¡Explorador! —y por vez primera pareció el francés encolerizarse, porque su voz al hablar cobró entonaciones vehementes —. ¿Por qué ese ardor de exploración en todo el archipiélago? Es natural en los británicos, que son exploradores natos. También en los científicos, impulsados por la curiosidad de sabios, y muy de admirar los misioneros, que sacrifican con frecuencia y voluntariamente sus vidas para que una ínfima porción del Universo oiga el evangelio del que predicó el amor y la paz entre los hombres de todas las razas. Pero lo que me indigna es que haya hombres que finjan sus verdaderos propósitos. Como esos blancos o mestizos, americanos, asiáticos y europeos; como esos tramperos barbudos venidos del Canadá; como esos gigantes musculosos procedentes de las estepas siberianas, o esos intelectuales fracasados enviados por Centroeuropa y que han ido ocupando las islas del archipiélago, pretextando que llevaban en alto la antorcha de la civilización a las selvas inexploradas, para enseñarles a los canacos que es muestra de indelicadeza asar y comer a sus enemigos, sus amigos o sus familiares. La estampida hacia la jungla nada tiene que ver con el celo realmente cristiano y pacificador de los misioneros.

—Yo no he pretendido ser lo que no soy, doctor. No se acalore. Yo he venido a ver si había oro y…

—¡Oro! —exclamó el francés, cruzándose de brazos con irritación evidente—. Si los caníbales devoran blancos, si los mosquitos siembran la fiebre amarilla y negra, si los blancos mueren como moscas, es porque hace bastantes años algunos aventureros errantes encontraron en la jungla una pequeña pepita de metal amarillo. Hay oro para saciar todas las codicias… pero ¡no lo hay en Birara! Siga su navegación, capitán Maloney. Se lo aconsejo.

—Hagamos un pacto de neutralidad momentánea, doctor. Yo dejo a mis hombres tal como están y nosotros dos seguiremos charlando amenamente en su «bungalow».

—Acepto porque espero poder convencerle de que Birara debe seguir siendo la Isla Prohibida a los males de la civilización.

Ross Maloney alzó la voz para en chino gritar:

—Permaneced cómo y dónde estáis, macacos. Yo soy invitado del señor cura enfermedades. Los de piel negra no atacarán… por ahora.

Volvió a emplear el idioma inglés:

—Supongo que puedo tener la seguridad de que los canacos no intentarán buscarse la comida entre mis hombres.

—Se lo garantizo… mientras a mí nada me ocurra y usted salga conmigo del «bungalow».

Rió Maloney con su habitual campechanería.

—Es gracioso que desconfíe de mí, doctor.

Robert Charles extendió un brazo y con la mano abierta abarcó la anclada silueta del velero recortándose nítido en el diáfano cielo.

—Su tarjeta de presentación —y ahora señaló también el fusil ametrallador que colgaba del cuello del que se colocó junto a él— me hace recordar que un día vino aquí otro semejante a usted. Más viejo, más maleado… Pretendió matarme, y fué devorado, así como sus compañeros, por mis amigos los canacos.

—¿Por qué quiso matarle?

—Porque pensaba que yo le mentía al jurarle que no había oro en Birara. Permita que le preceda, capitán Maloney. No quiero que se asuste Kouma. Es mi esposa.

Capítulo III

NACEN LAS SOSPECHAS

Siguió Maloney al médico, pensando que la ciudad sin habitantes contaba ya dos. El «bungalow» habitado por el médico era el primero y más cercano a la playa.

Su terraza de fachada era de suelo arenoso, prolongación de la misma playa. Estaba protegida por un techo de hojas de palma y toscos escabeles de madera con respaldo cóncavo tallado a mano constituían el único mobiliario.

—No le ofrezco entrar —dijo Robert Charles sentándose y señalándole otra silla a Maloney—, porque es preferible estemos a la vista de sus amarillos y de los canacos. ¡Kouma!

A la voz del francés apareció una mujer de corta talla… Ross Maloney parpadeó, pensando en la frase del médico: «Le precedo. No quiero que» se asuste Kouma, mi esposa»… Y dominó una sonrisa divertida porque pensaba también que Robert Charles, el loco misántropo, debía haberle advertido a la inversa: «Le precedo para que no se asuste al ver a la que es mi esposa.»

La que en pie ante el francés avanzaba la cintura, caídos los brazos en posición qué recordaba a los soldados aguardando órdenes, era una negra de nudosos miembros y fea configuración.

Vestía solamente una falda corta y su anatomía era basta y casi deforme. El rostro tenía una obtusa expresión, y la ancha nariz achatada, así como los labios salientes, complementaban el efecto antiestético de los crespos cabellos y los ojos vacunos de rumiante…

—Esta es Kouma —dijo el médico—. Sabe inglés, y duerme todas las noches en la choza de su padre, el jefe de los canacos. Me casé con ella para tener quien cuidara de mi cocina y mi corral. Pude haberla comprado a cambio de algunos cerdos o aceptarla como regalo. Pero hubiera sido deshonroso comportarme como un civilizado más. Kouma —y al hablar, el rostro de la negra adquirió cierta atención muy parecida a un alegre orgullo—. Vete a la colina. Dile a tu padre que no estoy en peligro y que no deben bajar… por ahora. Vete.

Marchóse la canaca, andando con balanceo simiesco y grotesco.

Robert Charles continuó hablando, con la mesura de un catedrático explicando a un alumno recién ingresado un tema desconocido:

—Los navegantes que han visitado las islas que se desparraman bajo la Cruz del Sur han propagado a su regreso a puertos blancos elogios sobre la belleza cautivadora de las indígenas. Su entusiasmo al describirlas incitó a varios escritores, cansados del tumulto de la vida civilizada, a escoger una isla del Pacífico como un refugio donde vivir la existencia feliz e idílica del hombre primitivo. Debido a sus relatos imaginativos, muchos civilizados piensan que Oceanía es el paraíso terrestre, donde a la sombra de las palmeras, bajo un cielo azul, mujeres de estatuaria belleza elástica hacen languidecer de amor y enamoran. Han creído que allí donde el hombre puede vivir sin preocuparse por los convencionalismos y donde las bestias y las flores propagan el amor, la vida humana no es más que una continua sucesión de amor, caricias, besos y delicias. No negaré que quizá en Samoa, Tahití y alguna otra isla, habrá mujeres bellísimas. Y buscarlas es precisamente el otro error del blanco civilizado. Por eso Birara me encanta. No conozco aquí lo que son los celos y mi instinto ha quedado ya eliminado. Puedo dedicarme plenamente a vivir con la monotonía sin sobresaltos de una existencia desprovista de humanas pasiones.

Ross Maloney rascóse la sien, echándose hacia atrás la gorra.

—Si le ofendo no se moleste, doctor. Comprenda que yo soy un hombre inculto…

—Hable sin temor. Me complace tener una breve ocasión de estudiar por sus frases un ser como antaño yo fui.

—Yo quiero exponer las cosas con crudeza si es preciso, pero no conservar en mi garganta las palabras que puedo desembuchar. Es posible que usted sea varias personas… Me explico mal, pero usted me entenderá. Puede usted estar atacado de aburrimiento… y de cierta locura que le hace desear volver a ser un hombre primitivo.

—Para los civilizados normales yo soy un loco. No profundicemos en averiguación de quién está loco. Si los que ansían oro, o los que desprecian la futilidad de la ambición. ¿Qué otra personalidad cree usted que yo puedo tener?

—Este mar abunda en aventureros. Usted mismo lo reconoció. Los hay descaradamente sinceros y otros saben ocultarse bajo distintos aspectos. En Shanghai, por ejemplo, conocí a un filántropo que era en realidad un contrabandista. Usted no se ofenda si le digo que, por ejemplo, usted podría haber maquinado un plan magnífico para aislar Birara y, bajo capa de vivir primitivamente, fuera empleando a los canacos para que le sirvieran de mineros. En poco tiempo sería usted fabulosamente rico.

—Ingeniosa suposición. ¿Qué le hizo pensar en eso?

—Usted dijo que su esposa es la hija del jefe de la tribu. Niega constantemente y se acalora cuando cito yo la palabra «oro». Si realmente no hay tal metal, basta con que en su compañía me deje usted visitar la isla. Tengo a bordo un técnico malayo que sabe, por características del terreno, acertar si es posible o no la existencia de vetas amarillas…

Ross Maloney estaba sentado de forma que daba frente al médico y al tabique de la fachada del «bungalow». Sólo había una puerta y dos ventanas… La canaca se había ido. Y según el francés, no había más habitantes en Gazel.

Y sin embargo, una extraña sensación se apoderó del marino norteamericano mientras procuraba concentrarse en lo que estaba hablando.

Tenía la impresión de que había una presencia invisible, algo cercano que alentaba, respirando como un ser humano…

Lo percibía más claramente en las pausas que exprofeso hacía entre sus frases.

—Toda mi influencia no bastaría, capitán Maloney, para que los canacos permitieran que usted deambule por su colina. Yo he logrado muchas cosas que nadie hubiera conseguido por la fuerza. Antes, además de la lanza y el escudo, llevaban arco y flechas envenenadas. Esta arma permitía matar desde lejos, sin poder descubrir el culpable. Yo conseguí que abandonaran el empleo de tal arma.

—¿Por qué me lo cuenta? Si yo viniera con intenciones de pelea, tendría ahora más valentía…

—Se lo he explicado, para que vea que yo no pretendo amenazarle. Le expongo las cosas como son. Tampoco quiero abusar de que sea joven y por añadidura marino, y como tal, supersticioso. Podría hablarle del Miedo, el miedo con mayúscula, según decía un blanco que pernoctó en mi «bungalow»… Una sensación indefinible, que en el silencio de la noche y aún en el mismo día, me invadió al principio de venir yo aquí, cuando Gazel estaba recién ocupada por Francia. Después ya me he acostumbrado. Pero créame que entonces, hubiese preferido verme en las trincheras bajo un bombardeo mortal, pero tangible, antes que sentirme desamparado y expuesto a un peligro inexplicable, sin rostro ni definición, y por tanto más de temer por lo sobrenatural. Un pánico semejante al del hombre de las cavernas, que no sabía explicarse muchas cosas.

—He experimentado ya esta sensación en la selva de Java. La atribuyo a que andamos por sitios a los que no estamos acostumbrados. Y por cierto que hace ya unos instantes que presiento algo, no sé qué… Estamos usted y yo solos. Podré equivocarme o no,

pero usted me parece un loco bueno, es decir, un hombre que rebosa bondad de inteligencia. Y tengo cierta aprensión, como si en una pesadilla unos ojos diabólicos me estuvieran contemplando… ¡Algo idiota, cáscaras! ¿Por qué no me deja echar un vistazo al interior de su «bungalow»? Me tranquilizaría saber que soy un imbécil impresionable.

—Puede entrar. No hay más puerta y ventanas que las que vé. ¿Le hago los honores o prefiere estar solo?

—Me da igual. Es sólo echar un rápido vistazo.

Pero Ross Maloney prolongó su vistazo, porque cuando apartó la cortina de lianas que servía de puerta, se encontró ante un espectáculo asombroso e inesperado.

Todo el «bungalow» no era más que un solo aposento. Una única habitación, que tenía la magnificencia de un oratorio oriental. Colgaban de los tabiques, lienzos pintados, con extrañas figuras dibujadas con voluntaria torpeza de colorido alucinador.

Muebles raros de formas retorcidas, grotescos, sin aparente utilidad práctica, contenían algunos de ellos libros. En uno tras los cristales veíase relucir un completo arsenal quirúrgico.

Diseminadas por la habitación, encima de los muebles todos de pequeña altura no superior al medio metro, veíanse monstruosas estatuillas de cuerpo diminuto y gran cabeza horrenda.

Carátulas contraídas en muecas amenazadoras las unas, irónicas las otras. En el centro del aposento, cuyo suelo era un tapiz vegetal de flores entrelazadas, había un ataúd.

Ross Maloney respingó porque una voz a su lado decía:

—Sueño de opio.

Pero recuperó el dominio de sus nervios al ver el rostro humano de Robert Charles en pie junto a él.

—Sueño de opio —repitió el médico—. Así llamó mi decorada celda un australiano que la visitó un día… Murió porque intentó explorar los demás «bungalows» por la noche, fingiendo que se iba. Yo no lo supe hasta el amanecer siguiente. Los canacos creyeron que mi vida estaba en peligro…

Ross Maloney sentía dos impulsos dispares: acallar al médico, diciéndole que adivinaba que quería imponerle el deseo de huir con sus veladas frases amenazadoras, y por otra parte le parecía que aquel «loco pacífico» hablaba bondadosamente con sincera exteriorización de sus pensamientos.

Señaló el ataúd abierto y acolchado en su interior.

—Hombre previsor, el que compra su propio ataúd. Pero lo estimo un dispendio innecesario.

—Es mi cama.

—¡Ah, ya!… —comentó Maloney sin saber qué otra cosa decir. Señaló las flores que tapizaban el suelo—. Una alfombra que al pudrirse criará suciedad.

—Kouma la renueva a diario, mientras yo visito la colina profesionalmente.

—¿No tiene usted pesadillas por las noches rodeado de todos esos fantasmones?

—Cuadros y estatuas, así como los muebles, son obra mía. En todo he plasmado la fealdad del mundo civilizado. La burla del fuerte hacia el débil, el odio del mísero contra el orgulloso afortunado, la torturante y cancerosa llaga del amor no saciado… Veo mis cuadros y esas máscaras, y me siento feliz por vivir en Birara.

—Expresa su felicidad en forma poco divertida, doctor. Yo no entiendo de arte, pero me gustaría más que este decorado tuviera colores de esos de los cromos que van con los chocolates. Vacas pastando, palomas dándose el pico…

—Le comprendo —dijo Charles sin ironía, sino con bondadosa expresión—. No pinto precisamente lo que usted cita, pero allá en una choza de la colina, empleo muchos lienzos en plasmar mi alegría de vivir. Y empleo colores alegres, y los rostros son angélicos…

—Bueno. Esto sí que es gracioso —y Maloney rió—. Me ha contagiado usted, doctor. Estoy perdiendo el tiempo hablando de cosas ajenas a lo que he venido. Necesito que no se oponga, doctor, y me deje andar a mis anchas por Birara.

—Por mí, no me opondría. Hay en usted la franqueza de un alma aun poco civilizada. Es un elogio, capitán Maloney. Pero le ruego no insista. El límite máximo al cual puede usted llegar es éste.

Salió Maloney del «bungalow», y exhaló un suspiro, con el cual quería evidenciar su real contrariedad.

—Lo siento, «doc». Soy terco. Visitaré los «bungalows» y me meteré por la colina.

—No lo haga. Los canacos le matarán. Además, piense en las fiebres, en la selva, en las lanzas arrojadizas…

—Usted puede seguir viviendo en las nubes, «doc». Quizá tenga razón y yo soy un canalla que vengo a interrumpir su pacífica locura de cura enfermedades y artista. Pero estoy sin blanca, no tengo un centavo, y no puedo después de un viaje tan largo, irme silbando, reunir a mis hombres y decirles: «Ahuequemos, muchachos. Creo que hay oro en Birara, porque me lo da el corazón. Pero he hablado con un médico, que me parece un trozo de pan mojado en sopa de ángeles y desisto de producirle un disgustillo.» Yo tomaré mis precauciones,

doctor. Si es preciso, mis muchachos irán abriendo con sus yataganes una avenida por la selva, con tal de evitar que los canacos oigan el traqueteo de mi «escupe-fuegos». No quiero matar ni quiero sangre, pero tampoco quiero servir de bocadillo a sus encantadores protegidos. ¿Está claro? No es una declaración de guerra. Es un aviso leal de mis intenciones.

—Odio la violencia, capitán Maloney, pero quizá me obligue usted a decirles a los canacos que exterminen a sus hombres.

—Bueno. Está usted en su derecho. Pero adviértales también que vengo con muchos productos de la asquerosa civilización. Dinamita, bombas lacrimógenas, ametralladoras… Lo siento. Le pareceré un tiburón perdonavidas con ribetes de negrero. Soy todo lo contrario. Si hablo como lo estoy haciendo es precisamente para evitar que sus canacos vayan a por lana y salgan trasquilados. ¡Y qué cáscaras! ¿Es esto una isla libre sí o no? Pues soy un turista y quiero recorrerla.

Fijóse Maloney inconscientemente en uno de los escabeles. Casi no se daba cuenta de lo que significaba lo que estaba leyendo, hasta que asimiló lo que veía.

Se aproximó al escabel y cogió el libro que le había llamado la atención.

La cubierta llevaba una franja que en grandes letras decía:

«Premio CHALMERS,
octubre 1920.»

—Es una edición australiana de Sidney de la obra biográfica de un pintor. Aun no la he leído. Me disponía a hacerlo cuando ví aparecer su barco.

Maloney dio con el revés de la zurda un manotazo en el libro que sostenía.

—¿Dónde está la librería de Birara que quiero comprar el «Hollywood Scandals»? —preguntó con incisiva mordacidad—. Para que lo comprenda mejor. Un libro impreso en diciembre de 1920 es lo último que debería estar aquí en esta isla, que según usted nadie visita.

—Un amigo mío residente en Australia, envía por barco a Rabaul, la capital de Nueva Guinea, aquello que sabe me ha de interesar. Es también el que me surte de tubos de pintura, medicamentos… Y me los trae un mutuo amigo de los dos. Selecciono de la civilización aquello que aun considero interesante para mí.

Dejó Maloney de nuevo en el escabel el libro.

—No acabo de ver claro el asunto, «doc». Acepte un consejo: vaya a parlamentar con los canacos. Dígales cuáles son mis intenciones, y

que no se sientan tunantes. Yo iré a bordo, y mañana le visitaré de nuevo.

—Por el bien de todos abandone Birara, capitán. ¡Le juro que no hay oro!

—Le pediré excusas cuando lo compruebe. Nadie ni nada me harán apear de mi propósito. Hasta mañana, doctor, y no me guarde rencor. ¡Qué cáscaras! El negocio es el negocio.

Echó a andar Maloney hasta llegar a la roca en que estaba sujeta su canoa automóvil. Volvióse al sentir los pasos de Robert Charles.

Dramáticamente, abrió los brazos el médico:

—Lepra… —dijo en un susurro.

—¿Qué? —sobresaltóse Maloney.

—La isla está infestada de lepra. Ese es el principal motivo por el que nadie viene más allá de mi «bungalow». Adiós, capitán Maloney.

Capítulo IV

EL CIVILIZADO SALVAJE

Quedóse Maloney contemplando en silencio la figura alta y encorvada que se alejaba hacía su «bungalow». ¿Era la terrible enfermedad ponzoñosa la que tomaba el nombre de El Miedo en labios del malayo Tandkung?

Con breves exclamaciones fué ordenando a Tian y Ling que dirigieran la operación de reembarcar en las lanchas, al estilo del Yang-Tsé, cuando se tenía cercano al enemigo.

Dejó que las lanchas partieran a fuerza de remos, y saltó entonces a su canoa. Se sintió reconfortado al pisar la cubierta del «Panther». Al menos aquello era sólido, tangible, fácil de manejar y entender.

Presenció la comida de los tripulantes, y poco después avisaba a Tian de que viniera con Ling y Tandkung a su camarote, después de que él hubiese comido.

Colgó del tabique su arma y su cinturón, quitóse la guerrera, la camisa y las zapatillas, y se instaló tras la mesa, donde ya Fen-Ho había dispuesto su almuerzo.

—Habla, «rebañasalsas» —dijo Maloney cuando Fen-Ho manifestó levantando el brazo su intención.

—Los hombres que fueron a tierra, capitán Pantera, y que tienen buen oído dicen que oyeron gruñir cerdos y cacarear gallinas.

—¿Cómo están las alacenas?

—Hay ración para tres días más, completos, capitán Pantera.

—Bueno. Veré si los canacos saben lo que es vender animales. Agua la hay, pero diles a los que mañana irán a por ella, que lleven los filtros. Los papeles que compré en Shanghai.

Acababa ya de comer Maloney, cuando exclamó:

—¡Cáscaras! Me parece que tendremos que convertirnos en ladrones de corrales. Los canacos no aceptarla mis dolares… A menos que el doctor piense que con dolares puede adquirir libracos y pinceles.

Retiróse Fen-Ho y en el umbral aparecieron primero Tian, después Ling, y por último el joven malayo Tandkung.

—Avanzad —invitó Maloney poniéndose en pie, y contorneando la mesa hasta sentarse en el reborde de ella—. Vamos a celebrar una

especie de consejo de administración como hacían los vendedores de petróleo de Kansas. Abuelo Tian, ¿tú has visto alguna vez un leproso?

—He visto a muchos, capitán Pantera. Llevan campanilla para avisar a los que están sanos.

—Aquí no creo que usen campanillas. ¿Sabrías reconocer apenas lo vieras a un leproso?

—Tan pronto le echara la vista encima, capitán Pantera. La lepra muerde la carne atormentándola y retorciéndola…

—¡Nueces! —murmuró Maloney, recordando el cuerpo de Kouma…—. ¿Y en qué más se reconoce?

—Forma llagas en unos. Les come la piel dejando agujeros. A otros les abulta la cara, capitán Pantera, dándoles aspecto de leones…

—Te jactas de tener una vista magnífica, Tian. Desde donde estabas podías ver el «bungalow» donde yo entré.

—¿Viste quiénes estábamos allí?

—Sí, capitán Pantera. Los vi muy bien, como ahora te estoy viendo, porque Ling y yo, por ser tus lugartenientes avanzamos unos pasos.

—¿Los que visteis tenían aspecto de leprosos?

—¡Oh, no, oh, no! —protestó Tian—. Eran sanos, muy sanos los tres.

—Bueno… «¡Hey!» —exclamó súbitamente—. ¿Es que ya no sabes contar? Porque espero, viejo carcamal, que no me incluyes a mí en la cuenta. Yo ya sé que no estoy leproso.

—No me refería a ti, capitán Pantera. Me refería a la mujer de piel negra, al blanco flaco de mucho pelo, y al blanco fuerte sin pelo.

—¿El blanco fuerte sin pelo? Te engañó la vista, abuelo. En el «bungalow» sólo estábamos la negra, el médico y yo.

Ling, el piloto, levantó la diestra.

—Habla.

—El sabio Tian de vista de pájaro de noche, dice verdad y cuenta bien, capitán Pantera. Un blanco, ancho de espaldas y sin pelo en la cabeza ni en la cara, salió por detrás de la casa cuando tú ibas a entrar en ella.

—Pero si no había más que una puerta y… Tenéis buena vista los dos. Sigue explicando, Tian. ¿Qué hizo ese blanco?

—Salió y se fué hacia la colina, pero a medio camino, las otras casas lo cubrieron.

—¿Cómo vestía?

—Como los blancos que dirigen las cargas de los buques en Shanghai, capitán Pantera.

—Bueno. Eso va perfilándose. El doctor es un embustero, porque

me dijo que no había más que canacos en la isla. Atended, tengo ahora la idea de que es cierto lo que tú contaste, Tandkung. Hay oro en la isla. Y daremos con él. Pero hay canacos, que así son apodados esos enanillos de piel negra. Y en la selva, nos picarían como avispas si intentáramos andar como compinches en plan de merendola por el monte. Tendremos que desbrozar, y advertid a todos que deben evitar si hay lucha, el tocar las pieles negras. Tú que eres un pozo de ciencia, abuelo Tian, explícame, lo que me parece que debe ocurrir si se toca a un leproso.

—A veces te pasa la lepra, Capitán Pantera, a veces no. Pero es seguro que te pasa la lepra aquel que te toque cuando, huele a flores podridas y mojadas.

—Explícamelo más claro.

—El leproso seco no huele. Aquel que tiene llaga, capitán Pantera, o que resuma un jugo que no se ve, éste es el que da la lepra sin remedio. Sus costras despiden olor a flores marchitas. El mismo olor que en las riberas del Yang-Tsé, tú mismo dijiste parecía mentira pudiera salir de las flores verdes que crecen entre los juncos.

—Celebro que seas un carcamal lleno de sabiduría y con mucho mundo visto, abuelo Tian. Descuida que cuando se me acerque alguien oliendo a lo que conozco, no me tocará, ni le rozaré tan siquiera. Tú, Tandkung, te quedarás a bordo hasta que la selva esté desbrozada con un camino. Entonces vendrás a demostrar que sabes hallar oro donde la tierra lo tiene. ¿Tienes algo que decir?

—Había un secadero de cocodrilos, capitán Pantera. Dos leguas al oeste de donde yo estaba.

—¿Y qué?

—Los indígenas de todas estas islas no matan los cocodrilos, mi capitán. Llegue al secadero… porque saben que son anímales que limpian las aguas de inmundicias.

—Los habrán matado el médico y su compañero que no conozco aún. ¿Qué relación tiene con el oro eso?

—Por la noche, puedo bajar a tierra, mi capitán. Con la piel de un cocodrilo, avanzaría sin ser visto, y si hay oro en Birara yo traería las pruebas.

—Tú eres un mozo listo, Tandkung. ¿No es cierto, Tian?



Llegué al secadero…

El viejo pirata asintió con rápidas cabezadas y sonrisa de satisfacción.

—Yo lo enrolé, capitán Pantera.

—Por eso mismo no quiero que te criben, Tandkung.

—Los canacos no matan a los cocodrilos, mi capitán.

—Escucha, malayo. ¿Y si te ocurriera como al que se vistió de león

para ayudar al domador, y cuando se metió en la jaula se dio cuenta, de pronto, de qué los demás leones le miraban muy enfadados? Puedes hallarte con algún cocodrilo de los de verdad.

—En la isla donde me crié, mi capitán, había muchos ríos. Los cocodrilos en tierra son torpes y les gano en agilidad.

—Me has convencido, Tandkung. Me interesa intentes lo que dices, porque si hallases oro, entonces sabría cierto que el doctor francés es un solemne pillo redomado. Esta noche suplicaré a la Naturaleza que aparte de tu camino los cocodrilos. Buena suerte, Tandkung.

***

Amanecía ya cuando Maloney, que había pasado la tarde durmiendo y la noche en vela, vió aparecer en la puerta de su camarote a Tian acompañado de Tandkung.

El rostro del malayo demostraba la más intensa animación cuando con los ojos brillantes depositó encima de la mesa el saquito de piel con el cordón que a modo de collar llevaba.

Ross Maloney vació el saquito sobre la mesa y un montoncito de polvo amarillo en el que se entremezclaban piedrecitas como granos de arroz quedó extendido.

El americano pasó sus dedos por el impalpable polvo.

—Te felicito, Tandkung, por haber sido un cocodrilo con suerte. Relata tu viaje.

—A la que me deslicé por el casco de tu velero, mi capitán, entré en el agua con el cuchillo entre dientes. Sabía los fondos porque el piloto Ling me los señaló, y era difícil que ningún tiburón nadase por ellos, pero quería triunfar y demostrarte que no te mentí, mi capitán. Nadé entre dos aguas, usando un pedacito de bambú para no tener que asomar la cabeza, y así poder respirar debajo del agua, con la caña agujereada.

Tian iba asintiendo gravemente al minucioso relato del atlético malayo, que prosiguió:

—Llegué de esta manera al secadero, y con cordezuelas me até la piel de cocodrilo. Seguí a rastras el camino del río, pero alejándome de los fangos donde suelen dormitar los dueños del río. Mi intención, era llegar a la altura, pero me pasmó de sorpresa lo que vi. El río no podía seguir desde su fuente, porque estaba cortado por barreras de bambúes y maderos. Sin embargo, iba al mar. Por lo tanto, si aquel no era el manantial ni se introducía en cueva alguna, no comprendía por qué había aquellas barreras de caña y troncos. La escalé. Formaba un círculo cerrado como una argolla… ¡y era un «creek»! ¡Un «creek», mi capitán!

—¿Eso qué es?

—Un lavadero de oro, donde los mineros blancos criban las arenas que el río trae de la colina. No hice más que coger polvo de una criba. Ese que aquí ves, mi capitán. Y toda la maquinaria es de blancos. No son canacos los que criban. No había nada en el «creek»… Subí más arriba. Encontré hierba pisoteada por botas. Muchas botas, pero como la selva espesaba no quise arriesgarme a que no supieras mi hallazgo, mi capitán.

—Has hecho muy bien, Tandkung. Mereces una recompensa. Del oro que nos llevemos tendrás el veinticinco por ciento del peso, ya que tú fuiste el que nos puso en su pista. Ya no será preciso desbrozar la selva. Esta noche habrá varios cocodrilos postizos rastreando hacia el «creek» y uno de ellos seré yo.

Rió alegremente Maloney, porque veíase ya camino de la fortuna.

—Y si hay cocodrilos que sufren del corazón, seguramente alguno de ellos se morirá de la impresión de ver que uno de sus hermanos viaja en compañía de un fusil ametrallador. Ahora repetiremos la actitud pacífica, pero vigilante de ayer. Id con los demás. Quiero visitar al farsante tipo listo que es un acaparador. Le sobra pelo y aun quiere tomar el de los demás. ¿Quieres hablar, Tian?

—Te suplico repitas en tu mente las palabras del sabio Meng-Tsen, capitán Pantera —dijo el viejo pirata con unción—. «Buscar no es obtener si buscamos lo que está fuera de nuestro alcance o lo alejamos de nosotros.»

—No tengo inconveniente en repetírmelas, si me las aclaras. Vosotros tenéis grandes sabios, pero resultan poco charlatanes.

—Puedes alejar de ti el «creek» si revelas por el menor detalle insignificante al barbudo blanco, que sabes que te miente. Hablo así, mi jefe, dueño y generoso amigo, porque soy un viejo carcamal que desearía darte su única fortuna por herencia: la astucia.

—Gracias, vetusto y longevo —dijo Maloney con seriedad.

Los dos calificativos colmaron de gozo a Tian. Era el elogio más preciado que podía oír un hombre del Yang-Tsé.

***

El desembarco tuvo lugar exactamente con las mismas precauciones que en el día anterior. Quedaron los chinos a lo largo de la playa entre las rocas donde estaban las lanchas, y allá, en lo alto de la pequeña colina, donde ya la ladera de «bungalows» terminaba para iniciar el suelo su vegetación selvática, los canacos seguían con sus escudos y sus lanzas avizorando, en hostil acecho.

Ross Maloney, terciado ante el pecho su fusil ametrallador, avanzó

al encuentro del que venía procedente del primer «bungalow».

—Buenos días, salvaje civilizado —saludó el americano.

—Buenos días, capitán. ¿Viene a comunicarme que se marcha? No hacía falta que atendiera a esta cortesía inútil en esta latitud.

—¿Me invita a sentarme en la terraza de su «bungalow»?

—A otro blanco le hubiera contestado que era inútil prolongar el trámite protocolario de la despedida. Pero usted no me ha sido deplorable… Si —añadió el médico mientras llegados a la terraza se sentaban ambos— califico al parecer inadecuadamente, empleando un adjetivo en colocación poco gramatical, es porque todos los blancos me causan un efecto deplorable. Les veo obcecados en sus vanos problemas, sin atender la voz que yo supe oír…

—Detesta usted a sus semejantes, doctor.

—No, capitán. No los detesto. Lamento que se comporten con menos seso que el de un salvaje. La ciencia progresa, alardean continuamente. Efectivamente, progresa en cuanto se refiera a matanzas universales.

—No creo que sus canacos se obsequien mutuamente con flores, ni reciban a los visitantes entonando párrafos de la Biblia.

—Ellos obedecen su instinto inteligente, que les dicta matar al inútil. Supe hacerles comprender que el inútil, el débil y el viejo merecen compasión. Si se matan entre sí dos jóvenes y fuertes, cara a cara, cierro los ojos y si uno queda vivo no le juzgo. El jefe Maimuri ha delegado en mí la atribución de juzgar desde que yo salvé su vida y cuento con el apoyo de los brujos, porque respeto sus creencias.

—Nunca creí que iba a hacer un viaje tan largo para obtener como mercancía unas conferencias de buena política.

—Veo que por fin ha decidido obedecer la voz de la sensatez.

—¡Qué duda cabe! Por eso precisamente he venido a decirle que pasaré unos días en Birara.

—Siempre lo recibiré gustoso en mi «bungalow».

—Es que pienso que tarde o temprano lograré hacer un buen trato comercial con usted, doctor.

Un destello de cólera iluminó por unos instantes los ojos pardos del misántropo.

—No hablamos el mismo lenguaje, capitán. Usted ve comercio donde yo veo la turbación de la tranquilidad de esta isla. Además, por razones de orden sanitario, es imprudente que usted continúe aquí.

—¿La lepra? Por esos mares, a veces un ratoncillo viajando en una cala, infecta a una tripulación de robustos marineros. Acepto el riesgo de la lepra, a cambio de cerciorarme si hay o no oro en Birara.

Levantóse Robert Charles, cruzándose de brazos.

—He intentado cuanto he podido para disuadirle, señor. Ahora le dejo abandonado a su suerte. Tan sólo le advierto una cosa: suponiendo que venciera usted la oposición de los canacos, y suponiendo que encontrara un filón de oro, yo me convertiría gustosamente en homicida, con tal de impedir que usted, con su descubrimiento, acarreara a Birara el peor de los males: la invasión de los buscadores de oro.

CAPÍTULO V

UN TERCERO EN DISCORDIA

Era tan sincera la actitud de Robert Charles, que Ross Maloney por unos instantes le creyó defendiendo aquella isla de toda invasión de elementos civilizados.

Pero recordó los resultados de la excursión nocturna de Tandkung y no se dejó influenciar por el fanatismo de apóstol que brillaba en los ojos del médico-pintor.

Iba a replicar rechazando la argumentación del solitario misántropo, cuando en el umbral del «bungalow» apareció un individuo corpulento, de cráneo calvo, vestido de pantalón azul y guerrera abierta del mismo color.

Por su vestimenta podía ser un marino sin graduación, y por su anchura de torso semejaba también un estibador de puerto. Pero el rostro, aunque sin rasgos sobresalientes, denotaba al hombre acostumbrado a ejercicios intelectuales.

La frente ancha y despejada, los ojos miopes, la corrección de su inglés cuando habló, corroboraron la impresión de Maloney.

—Perdone, capitán si me presento inopinadamente, como tercero en discordia que deseo se transforme en concordia. Soy Héctor Retors, alsaciano. Quizás el único blanco del archipiélago que disfruta de la amistad del doctor.

Robert Charles hizo un vago ademán señalando al que acababa de surgir del «bungalow».

—Es el amigo que le expliqué me traía de Rabaul los envíos de Australia.

—Tengo un velero de mi propiedad y con él efectúo los viajes de Rabaul a Birara —aclaró el recién presentado.

—¿Ha llegado usted hoy? —inquirió Maloney.

—No. Estaba ya aquí ayer. Le oí conversar con el doctor. Cuanto él le dice lo corroboro. No hay oro en Birara. En cambio, sí lo hay en fabulosas cantidades en las demás islas y sobre todo en Nueva Guinea. Pero es difícil obtenerlo. Muchos son los obstáculos que se oponen. Me estoy entrometiendo en lo que no es de mi incumbencia, pero quisiera hacerle saber, capitán Maloney, que si yo tuviera su barco, su juventud y su ardor combativo, me alejaría de estas aguas. Y sobre

todo, de Birara.

—Tanto empeño en querer que me vaya, podría parecer sospechoso a otro cualquiera que no fuese yo.

El que se había presentado como Héctor Retors, hurgó por unos instantes en su guerrera hasta extraer un libreto de pocas hojas.

Sonrió con cierta apariencia de cohibido.

—He viajado mucho, capitán Maloney. Puede decirse que desde mis treinta años frecuento todos estos parajes. Fui también buscador de oro, y tuve la prudencia hoy que he sobrepasado los cuarenta años, de desistir. Me dedico al comercio del cabotaje entre el archipiélago y la zona norte de Australia. Hay oro, mucho oro… Pero sigue siendo cantera virgen. ¿Es su primer viaje al archipiélago, capitán Maloney?

—Sí. En efecto. Pero si hay oro, sabré encontrarlo.

—Por eso mismo le recomiendo la lectura de mis experiencias personales. Quizá cuando haya comprendido los peligros que acechan al que busca oro en estas latitudes, comprenderá, a la vez, que en los consejos del doctor alienta un espíritu de fraternidad. Prueba de ello está en que hasta ahora ha contenido a los canacos, que querían atacarle a usted y sus hombres. Confía el doctor que usted sabrá comprender que en Birara sólo podría hallar la muerte segura.

Pensó Maloney que hasta que por la noche no realizara su excursión al «creek» hallado por Tandkung, no estaría en posesión de pruebas que apabullasen a los dos blancos, en quien veía ahora una amalgama de hipocresía dulzona y de ávida codicia inteligente.

Cogió el libreto que le tendía Héctor Retors, colocándolo en su bolsillo.

—No soy muy aficionado a la lectura, pero a lo mejor, como usted dice, hallaré en él material para reflexionar unos segundos. Vuelvo a bordo. Dedicaré el día de hoy y la noche a poner orden en mis pensamientos. Y según sea el resultado, zarparé mañana. Adiós o hasta la vista.

Cuando se hubo alejado, y no podía ya oírles, Héctor Retors bisbiseó:

—Creo que se irá. No es tan torpe como para no comprender que ni tú ni yo, Charles, estamos dispuestos a qué nadie quebrante la soledad y la paz de nuestro retiro voluntario.

—Esperemos que así sea, Hans Rein.

***

Ross Maloney mientras en su canoa automóvil se dirigía al velero, intentó coordinar varias ideas. ¿Por qué si el que decía llamarse Héctor Retors estaba en la isla desde el día anterior, Robert Charles no

le había señalado su presencia? ¿Sería él el encargado de dirigir las obras del «creek» y a la vez transportar el oro obtenido?…

Decidió no dedicar más tiempo a aquellas reflexiones. Por la noche sabría a qué atenerse.

Llegado a bordo se instaló confortablemente en una hamaca, bajo un toldo, y decidió leer el libreto que le había entregado el «tercero en discordia».

—Leer siempre instruye —comentó en voz alta—. El tiempo que ahora pueda perder lo recuperaré con creces esta noche y mañana. Si, como creo, sois un par de granujas con mucho seso, amigos solitarios, mañana me conoceréis y seré muy distinto al dócil muchacho que lee tonterías instructivas.

Sobre la portada leíase:

«ROCAS DE ORO,
HOMBRES DE HIERRO».

En la portadilla, una dedicatoria decía:

> «Escribo estas líneas con la esperanza de que sirvan de aviso a cuantos hombres fuertes y decididos emprenden la peligrosa tarea de buscar oro en el archipiélago de Nueva Guinea.»

Firmaba: Héctor Retors. Y el pie de imprenta era de Brisbane, la ciudad australiana.

Tendióse aun más a lo largo Maloney, y para ayudarse a leer, lo hizo a media voz, con la cantinela de un escolar aprovechado:

> «En 1528, un navegante español, Álvaro de Saavedra, bautizó Isla de Oro a la isla que hoy conocemos con el nombre de Nueva Guinea.»

—¡Vaya, 1528! Como quien dice ayer. A ver si esto es de lo que llaman Historia, y que mi padre decía que era como almacenar quesos oliendo a moho.

Siguió leyendo, con lentitud y a media voz:

> «¡Isla de Oro! Saavedra encontró, pues, metal amarillo en uno de los estuarios de los ríos donde desembarcó. Pero resulta altamente significativo que los españoles y portugueses que le siguieron, aunque bien informados sobre las riquezas mineras de la isla, nunca intentaron

colonizar el archipiélago de Nueva Guinea, ni extraer oro de las áridas rocas que forman la triple cadena de montañas del Morob, la larga cordillera que surca por completo todas las islas, desapareciendo y emergiendo alternativamente del mar.»

«Se sabe también que los mismos españoles y portugueses hacían lo imposible y se sacrificaban cuerpos y bienes, para apoderarse de las islas de las Especies o de los países de Sudamérica donde acababan de descubrir minas de plata.»

«Debían, pues, tener razones muy serias para no aventurarse en Nueva Guinea, cuyo suelo ocultaba materiales mucho más preciosos que la plata y el azufre.»

«Cuatro siglos más tarde, los alemanes adoptaron frente al archipiélago de Nueva Guinea la misma actitud de indiferencia que adoptaron las grandes potencias del Renacimiento.»

«Cierto es que a principios del siglo actual, el gobierno alemán envió una expedición científica al golfo de Huon, bajo la dirección del doctor Schlentizg, reputado experto en geología y mineralogía. Schlentizg encontró oro en Nueva Guinea, pero contrajo la malaria y fiebres biliares que interrumpieron su viaje de exploración.»

«Abandonó sus pesquisas que fueron continuadas por el doctor Hans Rein, y él se dirigió a Siberia en busca de platino. Más tarde encontró piedras preciosas en Sumatra, oro en África del Sur, carbón en China, azufre en América y plomo en el Congo Belga. Cuando dejó sus pesquisas en Nueva Guinea a cargo del doctor Rein, éste tan sólo tenía veintiún años.»

«Fué imponiéndose como experto geólogo, y determinó muchas de las cuencas auríferas del archipiélago, señalando las islas en que no nacía veta. Islas tales como Aktepi, Oopoanga, Birara…»

—¡Vaya!, ya apareció el disco —dijo Maloney interrumpiendo la lectura—. En Birara no hay oro —canturreó de buen humor—. Y Ross Maloney lo encontrará, dando un mentís al doctor Hans Rein.

«El doctor Schlentizg acampa en una región de las tantas inexploradas en Nueva Guinea donde busca oro, esperando que esta vez la fiebre no le interrumpirá sus trabajos. El autor de este libro habló con él hace escasamente un año en el golfo de Huon, en el mismo

lugar donde él llegó hace veinte años. Cuando le decía adiós, el doctor Schlentizg murmuró pasándose los nervudos dedos por sus blancos cabellos:

«—Tengo sesenta y cuatro años. Me quedaré aún tres años en esta jungla, la más peligrosa de cuantas he conocido. Después iré a Rusia, para localizar petróleo. Y después iré a Europa, para festejar adecuadamente mi cumpleaños número setenta.»

«Cuando este férreo explorador científico abandonó en 1906 Nueva Guinea, sus sucesores intentaron terminar la labor que él había empezado. Pero los informes que enviaban a Berlín, pintaban tan detalladamente las dificultades que se encontraban para llevar a cabo la extracción del metal amarillo, que el gobierno alemán decidió no derrochar más dinero en búsqueda de un oro tan celosamente guardado por la jungla y los canacos.»

«Hasta la declaración de guerra, sólo algunas empresas privadas enviaron expediciones mineras a las tierras del *Kaiser*, pero también como los sucesores de Schlentizg, los ingenieros dirigentes de estas expediciones afirmaron que la explotación de estos filones, que encontraban cerca de los ríos Markham y Waria, tropezaría con dificultades invencibles.»

«Por unos instantes pensaron en asegurar las comunicaciones entre los yacimientos y el puerto por la vía fluvial de Markham, cuyo estuario se halla en el golfo de Huon.»

«Desgraciadamente la experiencia demostró que el Markham no es navegable y qué por tierra firme era igualmente imposible de alcanzar los valles del interior, ya que tendrían que atravesar una triple cadena de montañas cubiertas de selvas vírgenes y habitadas por tribus feroces.»

«La jungla dorada de los caníbales habría, pues, escondido para siempre en su salvaje corazón inestimables tesoros, los buscadores de oro que infestaban el vecino Papoua no hubiesen comprobado un día que estaban ya agotándose los filones que laboraban.»

«La exploración y la metódica explotación de Papoua son muy anteriores a las búsquedas mineras en Nueva Guinea. Un aventurero apodado Jimi, procedente de Nueva Caledonia, había descubierto oro en 1877 cerca de Port Moresby, actual capital de Papoua, y este descubrimiento provocó la primera estampida de los

buscadores de oro hacia la Isla de Oro.»

«Durante los cuarenta años que siguieron al primer aluvión de buscadores; se encontró oro en abundancia, principalmente cerca de los ríos Lakekamu, Jodda y Purari. Pero en todos estos años ningún buscador tuvo la audacia de atravesar la frontera de Papoua y Nueva Guinea, una región habitada por temibles guerreros pertenecientes a la famosa tribu de Koukras.»

«Un buscador alemán llamado Dammkoehler, que vivía desde hacía años entre los indígenas y que conocía admirablemente su lengua y costumbres, intentó por primera vez alcanzar la fuente del Purari, siguiendo el valle de Markham.»

«Le acompañaba su amigo Oehldorff. Al principio, los dos buscadores parecieron tener la suerte a su favor, ya que encontraron oro. Pero los habitantes de la jungla acechaban ya a los temerarios invasores…»

«Después de dos o tres ataques nocturnos, los dos hombres blancos se quedaron solos: la mitad de sus porteadores fueron muertos en el transcurso de escaramuzas y los supervivientes huyeron enloquecidos por la selva donde cayeron en manos de los canacos.»

«Dammkoehler y Oehldorff privados de sus porteadores y cargas, retrocedieron huyendo hacia la costa. Pero la voz sonora de los «tam-tams» daba ya la alarma a los habitantes de las montañas, que arrastrándose por la hierba, seguían las huellas de los hombres perseguidos, intentando capturarles después del crepúsculo, cuando podían acercarse sin quedar expuestos a sus balas.»

«Los dos buscadores, cuyas fuerzas se triplicaban al pensar en el filón que habían descubierto, se abrieron paso a través de la jungla, al precio de sufrimientos indescriptibles.»

«Dos, tres, cuatro veces rechazaron los ataques de los caníbales, pero al fin, Dammkoehler cayó una noche con el pecho atravesado por una flecha. Cuando Oehldorff vio a su compañero muerto, cesó el fuego, y arrojándose por entre la alta hierba intentó llegar a la selva.»

«Aunque herido de bastante gravedad, logró salvarse, y llegó a la costa algunas semanas más tarde en un estado de semilocura. No se calló que había encontrado un yacimiento de oro, pero naturalmente se guardó bien de revelar en qué región y en qué lugar se encontraba el

«claim» del que esperaba la fortuna.»

«Apenas hubo recuperado sus fuerzas organizó una nueva expedición para volver a la jungla. Equipó a toda prisa un «schooner», para tomar el camino fluvial del Markham. Pero el mismo día en que el «schooner» llegaba al estuario del río, una explosión seguida de un incendio se produjo a bordo y el barco perdió cuerpo y bienes…»

«Oehldorff intentó salvarse arrojándose por encima de la borda, pero las olas y los saurios le aferraron, desapareciendo para siempre y llevándose con su muerte el secreto de su descubrimiento. Una muerte más: una desaparición más en el Archipiélago del Oro Maldito.»

«Desde entonces nadie ha logrado saber o descubrir el lugar en que Dammkoehler y Oehldorff encontraron el oro por el cual perdieron las vidas. Numerosos buscadores recorrieron más tarde las regiones atravesadas por los dos alemanes, registrando el suelo alrededor de sus campamentos abandonados, sin ningún resultado. La jungla guarda su secreto al igual que los dos muertos.»

«La vida humana tiene poco valor en Nueva Guinea y el trágico fin de Dammkoelher y Oehldorff fué pronto olvidado. Durante los años que siguieron, varios buscadores y cazadores de pájaros del paraíso, intentaron penetrar al interior de la isla, pero todas sus tentativas fracasaron a causa de la tenaz resistencia de los indígenas.»

«Las expediciones fueron aniquiladas unas tras otras y las cabezas cortadas de los desgraciados buscadores fueron suspendidas en las chozas de los canacos, donde las encontraron años más tarde otras expediciones o sabios antropólogos, que estudiaban los ingeniosos procedimientos de que se servían los melanesios para preparar y conservar las cabezas humanas.»

«Pero pese a tantos fracasos sangrientos, los buscadores no abandonaban su idea de conquistar el oro de los caníbales. Corrió el rumor de que se encontraban filones de una gran riqueza en los valles de Bulolo y este rumor espoleó la voluntad indomable de los habitantes de la costa, que aguardaban la primera ocasión para internarse en la selva trágica.»

«Un año antes de la declaración de guerra, un buscador australiano procedente de Papoua desembarcaba en Nueva Guinea. Arthur Darling ejercía la profesión de buscador de oro desde hacía muchos años y tenía la

reputación de hombre voluntarioso e intrépido.»

«Habiendo acumulado algunos ahorros en Papoua, Darling organizó una expedición compuesta de una docena de canacos sometidos a los que armó junto con una docena de portadores. Los alemanes intentaron en vano disuadir a Darling de su peligroso proyecto.»

«—Yo no sé si hay oro o no aquí —replicaba aquel testarudo australiano. delgado y de faz huesuda—, pero si lo hay os juro que yo lo encontraré.»

—Muy bien —comentó Maloney, apartando por unos instantes sus ojos del folleto—. Este tipo es de los míos. Yo también digo lo mismo aquí en Birara, pese a médicos, pintores, escritores y canacos.

«En la primavera del año 1913, la expedición de Darling alcanzó el río Koranga, después de haber atravesado un territorio completamente inexplorado. Las fogatas de guerra, encendidas por los salvajes, brotaban por doquier en las cimas de las montañas y las flechas volaban como pájaros alrededor del campamento de Darling, que, pese a la fiebre, siguió adelante, siempre internándose.»

«Enfermo, extenuado por la fatiga y la falta de provisiones, acechado por los cazadores de cabezas, continuaba examinando las rocas, buceando el fondo del río y coleccionando rocas grises en las que pensaba encontrar huellas de oro.»

«Por fin, un día, en Koranga Creek encontró el deseado yacimiento. Había oro, mucho oro, y Arthur Darling plantó sus «pegs», el bastón que se hinca en el suelo en el lugar donde se halla el filón cuya propiedad piensa reclamarse.»

«Paseó orgullosamente la mirada febril por las doradas riberas que desde ahora le pertenecían. Feliz, casi curado, el explorador no se daba cuenta de que no era él solo quien se embriagaba con la belleza del agreste paisaje.»

«Disimulados tras las espesas ramas de los árboles, ni por un instante le perdían de vista las vanguardias del enemigo, en espera del momento propicio para el ataque decisivo.»

«Algunos días más tarde, Darling, después de haber abandonado sus muertos y sus heridos, sus cajas y sus cargas, huyó en compañía de algunos portadores. Dos flechas barbudas acababan de alojarse en su hombro, y uno de los canacos sometidos vióse obligado a cortar con

un cuchillo los músculos y tendones para arrancar las flechas de la carne sangrienta de su dueño.»

«Aunque perseguidos por el enemigo, los portadores fieles consiguieron conducir a Darling hasta la costa, donde el herido fué acogido por los misioneros. Cuando un oficial vino a verle para interrogarle sobre las circunstancias del ataque que había costado la vida a la mayor parte de sus portadores, Darling le mostró algunas pepitas ensangrentadas, diciéndole:

«—Le prometí encontrar oro si lo había… Helo aquí… Cuando recobre mis fuerzas iré a buscarlo. Soy rico, enormemente rico.»

«Pero Darling nunca volvió a la jungla. Murió poco después rodeado de los misioneros, que colocaron sobre su pecho una cruz. Cuando quisieron cruzarle las manos, se dieron cuenta de que el cadáver encerraba en ellas algo entre sus dedos rígidos. Eran algunas pepitas de Koranga Creek de las que Arthur Darling no quiso separarse aun en la misma muerte. Los misioneros murmuraron una plegaria y dejaron que Arthur Darling se llevase sus preciosas pepitas al Más Allá.»

«La muerte de Darling no tenía importancia para la vasta familia sin hogar fijo de los buscadores de fortuna. Lo más importante era saber ya de modo cierto que había oro en Koranga Creek, y que habían sido vistas las pepitas que Darling había traído de regreso. Pero la guerra acababa de estallar y los buscadores de oro tuvieron que partir para abonar con sus cuerpos el suelo de comarcas más lejanas devastadas por la mortandad bélica.»

«Von Detzner y las tropas australianas lanzadas en su persecución se batieron tan sólo con los canacos. Von Lukner amenazaba la costa, y los habitantes de Nueva Guinea tenían por el momento otras preocupaciones más apremiantes que el oro de Koranga o de Bulolo.»

«Dos años después del armisticio, a principios del año 1920, un extraño individuo apareció en Nueva Guinea. Se le conocía desde hacía tiempo en el Archipiélago, donde se explicaban verdaderas leyendas sobre las hazañas de este hombre achaparrado, dotado de una fuerza hercúlea.»

«No se sabía exactamente de qué vivía ni lo que hacía, ya que Park, que fué sucesivamente marino, cazador, buscador, mercader y pescador de perlas, tenía la costumbre de cambiar frecuentemente tanto de profesión como de residencia.»

«Lo único que de él se sabía con certeza era que poseía una inteligencia notable y un olfato extraordinario para los negocios. Se le decía capaz de ganarle dinero a una tortuga, gracias a su talento para el comercio. Y era por eso que en el Archipiélago se le llamaba Park-Ojo-de-Tiburón.»

«Habiendo oído hablar del descubrimiento de Darling, decidió examinar de cerca los contornos de Koranga Creek. Pensaba que había filones de oro alrededor del Koranga y se propuso echar mano de aquellas riquezas con las que tanto había soñado en la soledad de la jungla.»

«Partió para la gran aventura mediado el año 1920. Acompañado de algunos portadores indígenas se hundió en la selva, donde progresó penosamente a razón de dos kilómetros por día. Para cubrir el recorrido que se había impuesto tuvo que trabajar dieciséis horas diarias, abatiendo árboles y cortando lianas que formaban delante de los exploradores un telón espeso y casi impenetrable.»

«Pero ni árboles, ni lianas, ni mosquitos, ni caníbales, ni serpientes podían quebrar la férrea voluntad de Park-Ojo-de-Tiburón. Siguió los valles de los ríos Francisco y Bitoi y atravesó la cadena de las montañas de Kuper, subiendo a una altura de dieciséis mil pies.»

«Por tres veces estuvo próximo a morir. Primero fué un lanzazo; después la malaria y por fin le derribó una fiebre tifoidea. Pero Park se hizo atar sobre dos troncos de árbol y prosiguió dirigiendo la expedición.»

«A principios del corriente año atravesó el valle de Bulolo y llegó por fin a Koranga Creek. Examinó el fondo del río y se puso a vociferar como si perdiera la razón. De pronto se hallaba ante un fabuloso tesoro que le convertiría en archimultimillonario.»

«Semanas antes sólo poseía por fortuna un rifle, un par de botas, un pantalón y una camisa. Ahora extraía al día veinte onzas de oro. Estaba casi consumido por la fiebre, pero trabajaba incesantemente.»

«Pero el misterioso mensaje de la selva se transmitió a las tabernas de los litorales del archipiélago. Se extendió la noticia de que Park-Ojo-de-Tiburón había hallado el Edén de las Rocas Doradas.»

«Y fué una avalancha de ingleses, franceses, italianos, alemanes y rusos que se organizó junto con australianos. El viaje de la costa a los campos de Koranga duraba dos meses por el camino abierto por Park. Las tiendas de la

costa hicieron fortuna. Se pagaban diez libras por una botella de *whiskey* y dos libras por una caja de malas conservas. El precio de un martillo era de treinta chelines y el de una pala dos libras.»

«Fué una estampida veloz, y más veloz su final. Las últimas noticias recogidas por el autor demuestran que de nuevo los canacos han vencido. Ya no se tiene noticia de Park ni de cuantos le siguieron. Muchas cabezas adornan las chozas de los canacos.»

«Lo que sucedió es fácil de reconstruir. La jungla dejó de ser silenciosa. Los canacos, enervados, enviaban lluvias de flechas barbudas envenenadas con tétanos sobre las caravanas que se dirigían hacia el Edén de las Rocas Doradas. Los que no caían bajo las flechas y las lanzas de los canacos sucumbieron al cólera, al tifus y a la disentería.»

«Los hombres que en la costa esperaban noticias de las caravanas quedaron sobrecogidos de pánico. La bahía de Salamaua, donde el Koranga vertía sus aguas, iba aportando cadáveres descabezados. Y de nuevo el sueño de oro se desvaneció para siempre tras las cumbres de la Gran Cordillera.»

«Doy a la imprenta en abril de 1921 estas líneas. Espero que con ellas sabrá el mundo comprender que las regiones inexploradas del archipiélago lo seguirán siendo mientras un Gobierno no se decida a organizar una expedición numerosa y armada, dispuesta a exterminar a los canacos y sanear sus dominios.»

«Mientras, perecerán hombre tras hombre cuantos intenten privadamente lanzarse a la conquista del oro.»

Cerró Maloney el folleto y por unos instantes meditó en la lectura que le había impresionado.

Desde la hamaca miró hacia Gacel, la ciudad blanca, sin habitantes, y sonrió con animada satisfacción:

—Eso es Birara, y el oro está cerca de la costa. Esta noche saldré de dudas.

Pasó un momento estudiando el contorno de la costa que ante el velero tenía, y añadió:

—Y si no lo encuentro aquí, no seré yo quien me meta a explorar lo que los canacos no quieren que se explore. Cada cual con lo suyo…

De pronto rió jovialmente:

—Es gracioso. Me parece que vosotros dos, doctor y escritor, me habéis preparado el oro con bandeja en el «creek» de los bambúes.

Capítulo VI

UN «SCHOONER» EN LA NOCHE

Aunque rudimentario, el plano que el malayo Tandkung dibujó para Ross Maloney de la posición del «creek» cercado de bambúes, sirvió lo suficiente para que en el otro plano señalando la posición de la isla de Birara pudiera el americano localizar aproximadamente el lugar del río en que hallaba.

Midió las distancias, comprobando que era más fácil llegar allí por la costa oeste en vez de tomar como punto de partida el secadero de pieles del sur.

Ayudado por el propio Tandkung trazó otro plano en el que señaló el camino a seguir hasta alcanzar el «creek» misterioso. Y la noche envolvía en sombras la isla prohibida y el velero, cuando una lancha se posaba silenciosamente en las quietas aguas al costado del buque.

En ella iban Ross Maloney, torso desnudo para que el color de su guerrera no destacase en la noche; Tian, Ling y el malayo Tandkung.

Del cuello de Maloney, en banderola, colgaba el fusil ametrallador y a su costado pendía la caja conteniendo las bombas lacrimógenas.

Envueltas las palas de los remos en trapos, no producían el mayor ruido al ser el barco impulsado por Ling y Tandkung rumbo a la costa oeste.

Contorneaban el perímetro y estaba ya lejano el secadero de pieles de cocodrilo cuando Maloney apoyó ambas manos sobre los hombros de Ling y el malayo, obligándoles a detenerse en sus remadas.

En el paraje que en el plano había señalado Maloney como punto de desembarco veíase una mancha blanca, inmóvil como la de un gran fantasma en pie sobre las negras aguas.

Los cuatro hombres quedáronse rígidos, tratando de adivinar qué era la gran masa blanca, hasta que Maloney respiró con fuerza, y quizá menos imaginativo que los tres orientales, logró encontrar la explicación lógica a la aparición que en la callada noche tenía atisbos de algo ultraterrenal.

Era un «schooner», el velero de que había hablado el que se presentó como Héctor Retors.

Inclinóse para hablarle al oído al malayo:



Aquél debe ser el Genio del Miedo…

—Es un barco, Tandkung. Tú eres un gran nadador que sabe avanzar por el agua como un pez. Acércate a aquel barco y vuelve una vez sepas, sin exponer la piel, porque te necesito, el número de tripulantes. Según los que sean iremos en busca de mi «zapatilla» y daré ametralladoras a Ling y Tian. Te aguardamos aquí.

El malayo entró en el agua, dejándose resbalar por el costado de la

lancha. No levantó una sola gota en salpicaduras y no se le oyó alejarse.

Ross Maloney percibió cómo Tian y Ling, los dos piratas protagonistas de muchas batallas escalofriantes, se apretujaban junto a él en las tinieblas.

—El Miedo… —susurró Tian.

—Aquél debe ser el Genio del Miedo de la isla, capitán Pantera —bisbiseó Ling, cuyo corpachón temblaba en la cálida noche.

—Aquello es un barco de vela, macacos. Tandkung ha ido a inspeccionarlo, porque si son muchos los blancos a bordo les visitaremos sin tantas precauciones.

La declaración de Maloney pareció confortar a los dos chinos, quienes volvieron a ocupar sus respectivos puestos. Transcurrió más de media hora y empezaba a impacientarse Maloney cuando como un ente abisal de la fauna submarina, un cuerpo chorreante surgió del agua.

Tandkung restablecióse en equilibrio a fuerza de puños, sentándose en el banquillo, junto a Ling.

—Un velero anclado, mi capitán —habló cuando hubo recuperado la normalidad de su respiración puesta a prueba por el largo buceo—. No tiene nombre ni banderas, ni luces de posición.

—Pero bien verías alguien a bordo. Sombras, ruido…

—No oí nada, capitán Pantera —y la voz del malayo adquirió entonaciones inseguras—. Tuve miedo. Es un barco habitado por fantasmas que me hubiesen cogido para llevarme al sitio donde nunca se duerme.

—Está visto que si seguimos así, el pánico va a ser dueño y señor de la lancha —rezongó Maloney—. Venga, a remar. Sin ruido. Hacia el velero ese, que es un barco de vivos. Os lo aseguro.

A medida que la lancha avanzaba comprobaba Maloney que, en efecto, el velero carecía de luz alguna. Y cuando ya la lancha se inmovilizó bajo la larga cadena que partiendo del ojal de proa hundía el ancla en el agua, comprobó también que en cubierta no se oía el más tenue de los rumores.

Sacando fuerzas de flaqueza, palpó la culata de su fusil ametrallador, y confortado por el contacto, eliminó el principio de desasosiego que le producían las actitudes tensas y temerosas de los tres orientales.

Fué colocando ambas manos en los hombros de ellos, presionando significativamente hacia abajo, en muda indicación de que permanecieran donde estaban. Dejó en el suelo de la lancha la caja de lacrimógenas.

Colgóse de la cadena del ancla y, enlazándola con las largas piernas, fué subiendo por ella lentamente, procurando no hacer el menor ruido. Cuando llegó al final de los eslabones, sus cabellos rozaban el extremo inferior de la cubierta. Asió la varilla de hierro inferior del pasamanos y en contracciones llegó hasta la parte superior.

Apenas pisó la lisa cubierta tendióse a lo largo en el suelo, sosteniendo en su mano derecha el fusil ametrallador. No se veía el menor síntoma de vida en aquel barco.

Pero pensó en Héctor Retors, carne y hueso, y su propia declaración de que poseía un «schooner», y aunque por precaución avanzó sobre las rodillas y las palmas de las manos, sentíase ya normal, alejado de la influencia del pavor que dilataba los rostros de Tian, Ling y Tandkung.

Llegó en esta posición hasta la estructura central, donde se enderezó hasta colocar su rostro contra el cristal de una lucarna redonda que daba vista a un salón que adivinó más que vió, después de prolongada observación, acostumbrados ya sus ojos a la penumbra.

Era el clásico saloncito de todo velero, con su escalera de rampa descendiendo hacia el interior. Acercóse a la puerta dando vuelta al pomo metálico que resistió, demostrando que estaba cerrado.

Contorneó el rectangular espacio hasta llegar a otra puerta. Pero también ésta estaba cerrada.

Las correderas de las dos calas estaban echadas. Por tanto, si alguien salía del interior del barco tenía que hacerlo forzosamente por una de aquellas dos puertas.

Decidió abreviar su exploración. Aplicando el rostro en el cristal de la lucarna, pegó un puntapié en la puerta.

El impacto resonó huecamente con más sonoridad en el absoluto silencio. Aguardó unos instantes, repitiendo el golpe…

Por fin, ante la inutilidad de su llamada, retrocedió un paso y de un culatazo hizo saltar el cristal de la lucarna. Los cristales, en añicos, repiquetearon sobre cubierta y en el interior del salón…

Pero extinguido el rumor del choque y los quebradizos quejidos del cristal al romperse, siguió reinando el máximo silencio.

De pronto, arrodillóse parapetándose tras un rollo de cuerdas. Tres sombras emergían de proa y acudían corriendo.

Volvió a levantarse al comprobar que eran Tian, Ling y Tandkung. Los tres se prosternaron aplicando el rostro contra el suelo ante los pies de Ross Maloney, que ceñudo les miró en la penumbra.

—No poder resistir, capitán Pantera —recitó en chino apresuradamente Tian—. El Miedo nos rozaba con su ala negra…

—Levantaos, condenados críos. ¿No veis que esto es un casco de blancos? No hay nadie ahora a bordo, porque estarán en tierra. A lo mejor habéis hecho bien en venir arriba. Tú, Tian, con Tandkung a la puerta de estribor. Tú, Ling, vigila el mar, por si viene lancha de tierra.

Obedecieron los tres orientales, mientras Ross Maloney apoyando el hombro en la puerta procedió a empujarla intentando derribarla.

Cesó en su intento, cuando oyó el susurro de unos pasos que precedieron en el salón a una luz que se encendió de pronto, iluminando por completo el mobiliario y la escalera.

La actitud de Maloney fué imitada a ambos lados de las puertas por los otros tres. Se parapetaron tras unos rollos de cuerdas…

Tardó unos instantes en abrirse la puerta que daba frente al lugar donde Maloney y Ling se hallaban ocultos. Se abrió repentinamente con fuerza y tres hombres revólver en mano y con el puño izquierdo contraído alrededor de una barra de hierro asomaron.

Como gente avezada a la lucha, avanzaron lateralmente adosados los hombros contra el tabique exterior. Vestían las usuales ropas de los marinos europeos: pantalón y camisa uno de ellos, y los otros dos jersey a rayas.

Tenían todas las trazas de cargadores de puerto.

Del otro lado estalló un sordo rumor, que les hizo correr hacia allá. Maloney corrió en sentido contrario y aun llegó a tiempo para ver cómo Tandkung, montado sobre la espalda de otro marino, le hundía el puñal en el cuello, mientras Tian abatía su yatagán contra la frente de otro.

Cuando aparecieron los tres marinos en el lugar donde acababa de desarrollarse el breve combate, Maloney comprobó que tanto Tian como Tandkung adoptaban la táctica más rápida de cubrirse entrando precipitadamente al interior del salón iluminado.

—¡«Hey»! —advirtió Maloney arrodillándose tras una lancha izada y dejando asomar el cañón de su fusil ametrallador—. Quietos o habrá freiduría de carne.

Los tres interpelados actuaron muy distintamente. Uno de ellos lanzó con todas sus fuerzas la barra de hierro hacia el lugar de donde había partido la inesperada voz.

El hierro astilló la madera de la lancha por encima de la cabeza de Maloney y al caer chocó contra su hombro.

Otro lanzóse hacia el interior del salón. El tercero iba a disparar, pero Ross Maloney no tuvo necesidad de presionar el gatillo, porque Ling, apareciendo de pronto, acababa de aferrarse como un gato montés enlazado al cuello de su presa, retorciendo el brazo armado.

En cuanto al que había lanzado la barra de hierro, tuvo unos instantes de indecisión, que fueron los suficientes para que Maloney, corriendo, viniera a chocarle contra el rostro la culata de su fusil ametrallador.

Ling mantenía inmóvil bajo su peso al segundo blanco, y en el interior del salón Tian y Tandkung habían añadido un cadáver más a su recién iniciada lista.

Maloney aguardó unos instantes, y al comprobar que nadie venía del interior del «schooner», murmuró contrariado:

—Bien está que queden en silencio y no hayan disparado… pero no era preciso matarlos. En fin, el que quiera vivir largos años que no navegue por estos mares. Tú, Ling, suelta a este hombre y llévate sus armas, así como las de los otros. Registrad el barco y llamadme si hay alguien. Pero no matéis a nadie más, malditos cretinos.

Quedóse en pie ante los dos supervivientes. El que había sufrido el impacto de la carga del luchador Ling, sentado en el suelo observaba a Maloney.

El otro, sangrante el rostro por la rota nariz y la barbilla, destrozadas por el culatazo del fusil ametrallador, estaba extendido, sin sentido, brazos en cruz.

—Levántate —ordenó Maloney, acompañando su palabra con un leve toque del cañón del fusil ametrallador en el pecho del vencido por Ling.

Tambaleándose obedeció el marino, deslizando una mirada de pavor hacia los cadáveres.

—Lo siento, muchacho —reconoció Maloney—. Pero de noche, e impulsados por el miedo, mis hombres obraron como pudieron. Además, no creo que vosotros vinierais a recibirnos con serpentinas y *confetti*. Escucha, buen mozo: vas a hablar con claridad y sin inventar. Entra en el salón, que te vea bien.

El marino hizo lo que se le ordenaba, y Maloney quedóse de través en el umbral, desde donde podía a la vez vigilar al del rostro machacado.

—¿Quién eres y de dónde venís?

—Me enroló un hombre llamado Héctor Retors en Rabaul. Llegamos anteayer —replicó el marino con puro acento londinense.

—¿Qué vinisteis a hacer aquí?

—Nosotros teníamos por misión maniobrar el «schooner». Los otros cuatro eran ya antiguos tripulantes de este «schooner», que una vez por mes viene a esta isla. Yo, era este mi primer viaje. Me avisaron que posiblemente los canacos podrían algún día sentirse dispuestos a asaltar el «schooner». Por esto íbamos armados.

—¿Sabes la carga que Héctor Retors pensaba traer a bordo?

—Me dijeron los otros que la carga corría por cuenta de los dos socios de Héctor Retors. Los dos que con él vinieron hace varios meses a la isla.

—¿Cómo se llaman?

—Mis compañeros lo ignoraban. Uno era tuerto. El otro, rubio y grueso.

Subiendo la escalera, aparecieron Tian y Ling seguidos por el malayo.

—¿Alguien? —inquirió hoscamente Maloney.

—Nadie, capitán Pantera —dijo con humildad Tian. Reconocía que era el miedo quien les había impulsado tanto a él como al malayo a matar a los dos blancos que habían aparecido repentinamente por la puerta destinada a su vigilancia.

—Atadme y amordazadme a ese amigo —y señaló Maloney al inglés.

Salió a cubierta, donde ya el hombre que él mismo había derribado de un culatazo poníase en pie sosteniéndose entre las manos las dos mandíbulas, apoyadas las yemas de los dedos en las sienes.

—¡Tian! Busca alcohol por las alacenas. Rápido, y tráelo acá.

El marino, al oír la voz de Maloney, abrió los ojos e intentó huir. Pero el americano le asió por el hombro, bruscamente.

—Te repararás tranquilamente si no pretendes jugármela. Quiero tan sólo saber algunas cosas. Contéstamelas bien, como un chico aplicado, y no harás compañía a tus tres amigos.

Tian vino corriendo, tendiendo un frasco de *whiskey*, que descorchó Maloney, ofreciéndolo al herido. Éste, alelado aún bajo los efectos del golpe, cogió ávidamente la botella, cuyo contenido dejó a la mitad después de beber ansiosa y largamente.

Con el resto empezó a frotarse la nariz, la boca y la barbilla. No debía ser la primera vez que se hallaba en trances semejantes.

Dejó caer al suelo el frasco ya vacío y habló roncamente:

—Soy Lars Olsen. ¿Vas tú también tras el oro?

—Eso es —dijo Maloney, dominando la extrañeza que la abrupta pregunta del sueco le había causado—. Pero no soy avaricioso. Puedo admitirte como socio si desembuchas cuanto sabes, y si lo que sabes coincide con los informes que yo tengo. Entra y siéntate. Estarás más confortable para charlar.

El sueco, alto y fuerte, entró en el salón, sentándose junto al amordazado y atado inglés.

—No sabía nada o fingía no saberlo —explicó Maloney.

—Es nuevo —aclaró Lars Olsen, hablando con la boca abierta, por

lo que algunas consonantes salían dificultosamente—. Era su primer viaje, y ni siquiera sabía que debajo de todo este tinglado está Reina Emma.

«¿Reina Emma?», iba a preguntar Maloney. Pero se contuvo a tiempo. Dejaría hablar al sueco, que bajo la influencia del golpe y la gran cantidad de *whiskey* trasegado mostrábase propicia a dar rienda suelta a lo que sabía.

—Ya —admitió lacónicamente, sin comprometerse.

—¿Te hizo ella alguna mala jugada? —preguntó el sueco.

—No. Pero me olí que el tal Héctor Retors andaba tras presa grande.

—¿Te enteraste en Rabaul?

—No. Lo supe en otra isla. Me lo contó este malayo que viene conmigo. Pero, sin enfadarnos, te haré constar que quien tiene que replicar eres tú, Lars Olsen, y no yo.

—Cuando en Rabaul me contrataron para tripular este «schooner» con buena paga y mejor comida, yo, siendo piloto mercante, no vacilé a enrolarme. Primero no sospeché nada, y mi trabajo era fácil. Empecé a pensar que había algo gordo cuando vinieron a los camarotes dos sujetos por la noche, y que embarcamos en una isla poco frecuentada. Uno de ellos era fuerte y bajo. Le faltaba un ojo, que sustituía por otro de cristal. Héctor Retors me preguntó si yo le conocía. Dije que no… Pero era Park-Ojo-de-Tiburón. El hombre que creían muerto en Koranga Creek.

Auxiliado por su lectura, Ross Maloney pudo demostrar que conocía lo ocurrido.

—En el archipiélago lo dan por muerto. En Salamaua sólo aparecían cadáveres descabezados, y nadie regresó de Koranga.

—Eso es lo sospechoso. Park-Ojo-de- Tiburón, en vez de proclamar su escapada, reaparece misteriosamente embarcando a bordo del «schooner» y permaneciendo en esta isla, donde está oculto desde hace un par de meses. Pero no está solo: le acompaña Oehldorff.

—Yo tenía entendido que éste murió poco después que su compañero Dammkoehler halló la muerte en el valle de Markham.

—Esto creen todos en el archipiélago. Yo fingí también no reconocer a Oehldorff. Ahora bien, ¿qué hacen estos dos allá en el interior de la isla? Son buscadores de oro. Sin embargo, un geólogo austríaco llamado Hans Rein dijo que no había oro en Birara, y su palabra era artículo de fe. Yo aguardaba mi ocasión, yanqui… No te guardo rencor por haberme roto la nariz, algún diente y haberme dejado la mandíbula como anestesiada. Podemos ser socios. Yo sé que Héctor Retors, cuando cargue, verá la forma de desembarazarse de mí.

Sospecha que tengo barruntos. A nosotros nos estaba prohibido el acceso a tierra, y tampoco lo hubiéramos intentado. Los canacos nos habrían destrozado porque no hemos podido emplear las artimañas de Retors y los Otros dos. El alsaciano se valió de la amistad de un pobre loco francés que tiene mucha influencia con los canacos. Es un médico, y no sabe nada de lo que ocurre.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

—Porque cuando yo le manifesté a Retors mi extrañeza de que bajase solo a tierra, me contó algo. Me dijo que el médico francés, por amistad y en reconocimiento a un señalado favor que él le hizo hace tiempo, le había amparado contra los canacos, diciéndoles que Héctor Retors venía tan sólo a librar de cocodrilos el suelo de Birara, y que traficaba con las pieles. Y añadió Retors que el francés sólo iba de su «bungalow» al poblado del jefe canaco Maimuri. Que no variaba su ruta nunca, y que por eso mismo desconocía la existencia de Park y Oehldorff, que, naturalmente, a mí me señaló con otros nombres.

Empezaba Maloney a ver claro. Robert Charles era sincero al menos en sus protestas de desear que ningún buscador de oro invadiese Birara.

El llamado Héctor Retors le tenía engañado fingiendo buscar pieles de cocodrilo.

—Yo puedo decirte lo que hacen Oehldorff y Park allá en el interior. Se hinchan de amontonar oro.

—Me lo suponía. Por eso Retors sellaba las cargas y las encerraba en su propio camarote, aunque colocase encima pieles de cocodrilo.

—Tienen un «creek» en el río y hacia allá voy. Si quieres, podemos empezar nuestra sociedad.

—Trato hecho —y el sueco levantóse—, ¿Tienes barco?

—Un velero y noventa tripulantes.

—Estupendo, yanqui —el sueco hablaba vulgarmente, pero con evidente sinceridad—. Dame armas, por si nos salen al paso los canacos.

Maloney recogió del taparrabos de Ling dos revólveres, que entregó a Lars Olsen. Éste los enfundó entre su pantalón y la camisa, y agachándose recogió del suelo una de las barras de hierro.

—Cuando quieras, capitán —dijo hablando con dificultad a medida que iban hinchándose sus labios—. Hay oro… y será nuestro. Pero tendremos que despachar a los tres, porque si Reina Emma supiera que nosotros hemos intervenido, no habría rincón en el mundo lo suficientemente seguro para escondernos.

—He oído hablar tanto de ella —dijo Maloney, que era la primera vez que oía aquel nombre—, que ya no sé a qué carta atenerme. Tú

sabrás seguramente quién es ella, sin invenciones ni leyendas.

—Conozco su historia muy bien. Es mestiza. Nació en Samoa, hija de un americano de San Francisco y de una samoana. Pocos la han tratado, y goza de una celebridad enorme en todos los contornos bajo la Cruz del Sur. Generalmente reside en Rabaul. Y no la he visto personalmente. Dicen que es de una belleza insigne y que está dotada de una energía y de una asombrosa inteligencia. Tenía apenas dieciséis años cuando se casó con un europeo y fijó su residencia en Nueva Bretaña. Al cabo de pocos años consiguió hacer una fortuna enorme adquiriendo plantaciones e invirtiendo sus capitales en empresas de exportación, comprando terrenos, minas y barcos. Yo sé ahora que este «schooner» le pertenece. Y que Héctor Retors trabaja para ella. Se evalúa su fortuna en millones de libras, pero nunca tiene bastantes. Como dirige ella misma todos sus negocios, la apodaron Reina.

—Interesante. ¿Por qué crees que ella dirige todo este asunto?

—Porque Héctor Retors lleva su retrato y en Rabaul subió a bordo una mujer que, por el retrato, adiviné era Reina Emma. Se encerraron en el camarote y charlaron largo tiempo, poco antes de zarpar. No pude oír nada. Cuando zarpamos, Héctor Retors me explicó que había recibido la visita de una mujer que conocía muchos trucos, dos de los cuales bastarían para que los canacos de la isla prohibida respetaran a los dos que recogeríamos en una islita para dejarlos solos en Birara. Se refería a Oehldorff y a Park. El truco era sencillo para el tuerto. Aprovechar su ojo de quita y pon para inducir a los canacos a que creyeran en una brujería. «El Ojo Vigilante» le llaman ya a Park, según me ha contado Retors. No sé por qué. También a Oehldorff le llaman «El que Incendia el Río». Tampoco sé por qué. Lo que sí me dijo Retors es que los canacos no le dicen nada de esto a Robert Charles ni le han explicado la presencia de los dos blancos, porque temen la amenaza que les hicieron esos dos buscadores, de que si se lo decían al médico francés, incendiarían el río y el ojo de Park les perseguiría siempre. Y no cabe duda que fué Reina Emma quien imaginó todo. Es la única blanca que ha hecho viajes a la jungla, acompañada de portadores, y más de una vez, rifle en mano, se ha defendido contra los ataques de los canacos.

Ross Maloney escuchaba atentamente. El sueco demostraba que el *whiskey* trasegado le había convertido en un charlatán incontenible.

—En Rabaul la presencia de esta mujer, tan bella como rica, provocó muchas hostilidades entre los blancos, que se disputaban encarnizadamente sus favores. Los celos de éstos provocaron al fin acontecimientos trágicos.

—¿Qué edad tiene esta mujer?

—Hoy debe contar treinta años escasamente. Dicen que enamora a cuantos la ven. Por capricho llama «Boomerang» a los múltiples «bungalows» que posee esparcidos por Rabaul y otras capitales. Los llama así porque se jacta de que lo mismo que con el arma australiana ocurre con los hombres por ella desdeñados: los arroja… y vuelven.

Rió el sueco, pero una mueca de dolor le recordó que no estaba para tales esfuerzos.

—Los hombres se matan por ella. Dos oficiales alemanes se ocupaban de la pacificación de Rabaul, y los dos eran otros más de los admiradores de Reina Emma, lo cual les convertía en rivales. Un día, uno de estos oficiales debía penetrar en país hostil, habitado por una población muy numerosa. Para dar frente a un posible ataque, su camarada le prometió que se reuniría con una patrulla a sus hombres. Pero no se apresuró a cumplir su promesa y aguardó fríamente a que la expedición de su rival en amores fuera aniquilada por los indígenas, cosa que sucedió. Pero el oficial alemán, aunque herido, logró salvarse. Mató a su rival y se casó con Reina Emma, que estaba divorciada de su primer marido. Pero este segundo matrimonio no fué más feliz que el primero, y hace dos años se divorció de la bella mestiza, y ahora Reina Emma está en alguno de sus «bungalows Boomerangs», sin amores y apartada de todo trato social… Yo quisiera conocerla… Quisiera raptarla… Tenerla…

—Ancla, marino. Estás extraviándote. Olvida a Reina Emma y vamos a lo nuestro. Te llevaré al «creek», donde encontrarás a tus antiguos patrones Oehldorff, Park y Retors.

—¿Qué piensas hacer con ellos?

—Proponerles ir a medias en la explotación del «creek».

—No aceptarán. Procurarán darte muerte.

—Ya sé que por estas latitudes los negocios se tratan a base de tiros. Por eso llevo siempre mi pluma estilográfica.

Y Ross Maloney palmeó sobre la culata de su fusil ametrallador. Poco después abandonaba el «schooner», y la lancha, remada por Ling y Tandkung, dirigíase hacia el umbroso litoral.

Del botiquín del «schooner», Lars Olsen había vaciado medio frasquito de yodo sobre sus hinchazones, y con aquella cura se consideraba ya mejor, porque la había acompañado de medio frasco más de *whiskey*…

Capítulo VII

EL «CREEK» DE LOS BAMBÚES

Lars Olsen, en tierra, señaló en la penumbra, con el brazo extendido, ante sí el camino que solía tomar Héctor Retors cuando del «schooner» se dirigía a un lugar ignorado.

—A mí me decía que era a su secadero de pieles de cocodrilo — murmuró al oído de Ross Maloney.

Tian había aceptado con gran regocijo el ser el portador de la caja de las bombas lacrimógenas, y los tres orientales seguían de cerca los cautelosos pasos de los dos blancos, que avanzaban por el camino abierto en la selva.

La noche era de completa oscuridad, y los ramajes aumentaban a los flancos del estrecho camino la sensación de silencio vigilante.

Ross Maloney caminaba haciendo girar en semicírculo el cañón de su fusil ametrallador, apuntando hacia los matorrales. Actitud que imitaba Lars Olsen apuntando con su revólver y crispada la mano izquierda alrededor de la barra de hierro.

De pronto, detuviéronse ambos hombres. Una tenue luz rojiza transparentaba a lo lejos por entre unos bambúes dispuestos en círculo.

Bambúes que parecían nacer a orillas del río, cuyo rumor susurraba quejumbroso, rompiendo tenuemente el silencio.

Tandkung aproximóse hasta que sus labios rozaron el oído de Malones, inclinado.

—Es el «creek», mi capitán.

El camino descendía ahora después del continuado ascenso, y, aumentando la precaución de sus pasos, llegó Maloney hasta el borde mismo del río.

Tocó con la zurda la empalizada de bambúes y fué rodeándola hasta que sus pies se mojaron. Agachado pudo, por entre una separación de cañas, ver el interior de aquel círculo artificial que, a modo de barrera, cortaba, sin impedirles el paso, las aguas mansas del río.

Yendo de una orilla a otra, un puente, también de bambúes, surcaba el río rozando su base con el líquido. En una de las pilastras clavadas en la tierra de la orilla había una gran campana de cristal

iluminada espectralmente con un artificio, que al fin comprendió Maloney que era debido a fósforo ardiendo lentamente.

No había más que un objeto, colocado en suspenso por una horquilla. Dada la cercanía, pudo comprobar Maloney que aquel extraño objeto iluminado era un ojo de cristal…

En la tierra yacían cajas cerradas, cribas, palas, cedazos, todo el instrumental minero de un campo de buscadores. Al otro lado del puente, tres hombres conversaban en voz baja.

Tenían a sus pies y entre ellos una linterna minera, cuya rojiza luz era la que colaboraba con la campana de cristal a dar el resplandor que se divisaba por entre los bambúes.

Un círculo de árboles rodeaba el «creek», cortado tan sólo por el diámetro del agua corriendo en sentido de cruz con el círculo de bambúes.

La selva circundante seguía en silencio, sin vestigio de vida. Y contribuía a dar matices de irrealidad a la existencia de aquel pequeño campamento montado por tres aventureros audaces favorecidos por la superstición de los salvajes canacos, influenciados por un irresponsable loco.

La linterna alumbraba a los tres aventureros. Uno de ellos era el que se había presentado como Héctor Retors. Su cráneo le identificaba rápidamente.

Otro era alto y rubio, de carnes abundosas. Su oponente era más bien de corta talla, ancho, y tenía el párpado izquierdo abierto sobre una cuenca vacía, en guiño monstruoso.

Inclinóse el presunto alsaciano, y cogiendo la linterna entró en el puente seguido por los otros dos. Vinieron a detenerse ante las cajas, junto a la pilastra que soportaba la campana de cristal.

Sus voces fueron ya netamente audibles.

—Expón a Reina Emma lo que te he dicho, Hans —dijo Park interpelando al que Maloney conocía por Héctor Retors—. Basta ya de contemplaciones. Podemos considerar que Birara nos pertenece. Hay mucho oro, y por ese procedimiento nada conseguiremos con rapidez. Un día u otro morirá Robert Charles y entonces los canacos nos aniquilarán.

—Sólo hay un medio de evitarlo —añadió Oehldorff—. En tu próximo viaje enrola patrulleros. Con un centenar nos impondremos a los canacos, y si Robert Charles piensa oponerse, yo me encargo de él. Ten presente que tarde o temprano algún canaco puede revelarle nuestra presencia aquí, pese al ojo de Park y a mi cubo de petróleo. Medita, Hans.

—Enrolar cien patrulleros armados es peligroso —objetó el

llamado Hans por sus dos cómplices—. Podría ocurrir lo que hemos tratado de evitar. Lo que ocurre en cualquier campo minero. La avalancha y la mortandad que los canacos suscitan.

—Explícaselo, de todas formas, a Reina Emma. Ella decidirá.

—Hemos «rascado» el río por completo, Hans —dije Park—. Ya está agotado. Con esta carga puedes asegurarle a Reina Emma que ahora tendríamos que internarnos y no podrías seguir engañando a Charles, fingiendo que buscas pieles de cocodrilo.

—No quedan ya pepitas en el río, Hans —apoyó Oehldorff—. Hemos trabajado dieciocho horas al día, sin parar. Sacando a veces treinta onzas diarias cada uno. Es hora de que emprendamos la acción en grande. Y cuando repartamos seremos multimillonarios. ¿Qué importan los canacos y el pobre loco del francés?

—Podemos derribar ya esta empalizada y marchamos contigo —argumentó Park—. Seguir aquí solos supondría perder el tiempo. Hablaremos con Reina Emma y ella decidirá. En Rabaul nosotros tres podremos…

—Os reconocerán.

—No. Desembarcaremos de noche e iremos al «bungalow» alto.

—Es que no me fío del piloto —aclaró Hans Rein—. Es un sueco inteligente, y pregunta mucho.

—Antes de llegar a Rabaul lo liquidaremos —dijo Oehldorff—. Bien. Decidido. Nos vamos contigo, Hans. Empecemos ya a transportar el material. Son cuarenta cajas y nos van a llevar la noche entera.

Ross Maloney fué empujando a los otros cuatro hacia la selva. Allí se arrodilló tras los matorrales, y al oído de Lars Olsen habló:

—Dejemos que se vayan con la primera carga. Si disparásemos, en la pelea podrían acudir los canacos. Cuando hayan salido con sus cajas nos será fácil tumbarles, porque les cogeremos desprevenidos y cargados.

—¿Matarles?

—No, ¡cáscaras! Atontarlos, y los llevaremos a Robert Charles… después de que yo haya cargado mi velero con esas cajitas tan bonitas.

Tian, Ling y Tandkung fueron advertidos del plan. Poco después abríase la empalizada y, encorvados bajo el peso de sendas cajas, fueron saliendo en fila india los tres aventureros.

Desaparecieron por el sendero, e iba Maloney a ponerse en pie, cuando saltó de costado creyendo que alrededor de su cuerpo se enlazaba una serpiente.



El espectáculo nada tenía de alentador…

Pero a los varios silbidos, una turba de cuerpos negros rodeó a los cinco hombres… No eran serpientes, sino lianas trenzadas las que rodeaban estrechamente brazos y piernas de los cinco prisioneros.

Los silbidos eran producidos por el lanzamiento de los lazos, que los canacos acababan de arrojar desde los matorrales tras los que acechaban a los exploradores mineros.

Como en una escena de pesadilla, los canacos gesticulaban en las sombras, pintarrajeados los horrendos rostros muequeantes. Agitaban escudos y lanzas, mientras los que sostenían los extremos de las lianas iban apretando aun más las vueltas del fibroso material, que imposibilitaba cualquier defensa.

Otros surgieron por detrás y a la vez abatieron sus mazas contra los cinco cráneos.

Poco después cinco inconscientes cuerpos convertidos en amasijos humanos eran transportados a través de la selva hacia el poblado del jefe Maimuri.

***

Cuando Ross Maloney abrió los ojos, tuvo que sacudir varias veces la cabeza para lograr dominar los vaporosos vaivenes que hacían que su cerebro pareciera ensordecido a todo pensamiento.

Pero el ruido que le ensordecía era el de los «tam-tams» palmeados con frenesí por los caníbales.

Cinco eran los postes enclavados en el centro de la explanada, roja de reflejos de teas resinosas. Tian, Ling y Tandkung seguían desvanecidos, y junto al poste donde estaba atado Ross Maloney, Lars Olsen ladeó la cabeza, dilatados los grises ojos por un inmenso pavor.

—Perdidos —murmuró, temblorosos los labios hinchados.

Ross Maloney prefirió no replicar, tal era su cólera por haberse dejado cazar.

El espectáculo que ante él se desatollaba nada tenía de alentador. En varias hileras, los canacos, cogiéndose por la cintura uno tras otro, iban pisoteando el suelo sin moverse ni avanzar.

Lo hacían en silencio, en extraño baile. Sentadas a todo alrededor del poblado delante de sus chozas, las mujeres aparecían blancas porque se habían cubierto el cuerpo de cenizas.

—¡Cenizas!… —gritó Lars Olsen—. Lo hacen cuando se disponen a comer carne humana…

—Cierra el pico, sueco —atajó Maloney, lívido.

De entre los que contemplaban el baile, sentados y cruzados en el regazo la lanza y el escudo, levantóse un hombre flaco, casi esquelético.

Sus cabellos eran crespos y blancos. Abrió la boca en hondo bostezo, mostrando unos dientes agudos. Chocó contra su escudo la lanza.

Cesaron los bailarines en su monótono repiquetear del suelo. La lanza señaló a Tian, y apenas hubo terminado su ademán, cinco canacos rodearon el poste al cual estaba atado el viejo pirata.

—¡Adiós, capitán Pantera! —gritó Tian—. Que Confucio me permita velar por ti allá en la tierra tranquila, porque yo…

Desvió la vista Maloney, apesadumbrado. Un canaco, blandiendo ancho machete, acababa de decapitar al viejo pirata.

Oyó el sordo rumor de la cabeza al rodar por el suelo. Cerró los ojos, y una algarabía de gritos infrahumanos le hizo estremecer.

Oyó ruido de dientes masticando glotonamente, y por vez primera sintióse próximo al desvanecimiento sin haber recibido golpe alguno.

Acababa de comprender que el ruido de dientes correspondía a la macabra oración fúnebre sobre los restos del viejo Tian. La oración fúnebre de los canacos.

—¡Maldito oro! —gritó en vociferación rabiosa.

Cuando abrió los ojos al oír reanudarse la danza y el sonido de los «tam-tams», el poste antes ocupado por Tian estaba vacío.

Cinco hombres repartían entre las mujeres restos sanguinolentos…

—¡Lo han devorado! —gimió Lars Olsen—. Es horrible. Después de este baile nos tocará el turno a uno de nosotros y…

—¡Calla, condenado! —aulló Maloney—. Basta con que ellos bailen…

Pasó media hora mortal, y de nuevo el viejo canaco se levantó, bostezó y entrechocó la lanza contra su escudo. Esta vez la lanza señaló a Ling.

El machete cercenó el cuello de Ling, y su cabeza colgó del cinto de un canaco. Otro de ellos llevaba la cabeza de Tian.

Lars Olsen dobló la barbilla sobre el pecho. Se había desvanecido. Un nuevo ruido de dientes..,

Otro Baile… Tandkung dejó su cabeza como trofeo en el cinto de otro canaco.

Prolongóse el baile que siguió, y ya el amanecer rápido de las islas inundó de clara luz el poblado.

Levantóse el viejo canaco y entrechocó su lanza contra el escudo. Pero no señaló a nadie…

Robert Charles, apoyada la diestra en el hombro de Kouma, su esposa, avanzó hasta interponerse entre los dos postes y el viejo canaco.

—Maimuri —pronunció con suave voz. Una voz calmosa, de inflexiones cariñosas—. Tú eres jefe grande y bueno. Escuchas siempre mi voz. Suspende por un momento la ejecución. Deseo hablar con estos dos blancos.

El viejo canaco alzó los dos brazos y se inclinó.

Robert Charles enfrentóse con Ross Maloney tras echar una ojeada a Lars Olsen.

—Le advertí, capitán Maloney. Ahora ya no puedo hacer nada. Estos hombres no me obedecerían sí les dijese que les dieran libertad. Para que estén así, tuvieron ustedes que invadir la tierra que les pertenece. Le advertí, capitán Maloney…

Ross Maloney sonrió con melancolía.

—Tenía que morir de un modo u otro, doctor. Yo no quiero que usted interceda por mí, ya que sé que estos salvajes le matarían antes de que usted les privase de un buen bocado. Pero antes de entrar en la panza de algún negrito de esos, quiero delatarle algo que ignora. Nunca he sido delator, pero en estos momentos todo me está permitido. ¿Usted quiere soledad y calma en esta isla?

—De eso vine en busca.

—Entonces no permita más la venida del que se hace llamar Héctor Retors, y que Oehldorff y Park llaman Hans.

—¿Oehldorff y Park? Murieron, según me contó Hans Rein.

—¿Hans Rein?

—Sí. Ese es el verdadero nombre de Héctor Retors. Fué el geólogo que mintió a sabiendas, al decir que no había oro en Birara. Lo hizo para complacerme. Éramos ya amigos. Y así me aseguró un retiro tranquilo en esta isla. Yo inventé lo de la lepra para asustar a los demás blancos… Lo siento, capitán Maloney. Su deseo de oro le condujo a esta situación.

—Escuche, doctor. Hans Rein debió planear desdé hace tiempo esta gran artimaña. Reservarse Birara para él, aprovechándose de que usted está… Bien, de que usted anda por las nubes.

—Hans Rein desprecia el oro. Sólo busca pieles de cocodrilo.

—A mitad del río de la costa oeste hay una empalizada de bambúes. En ella dos hombres blancos han estado «rascando» las aguas hasta amontonar oro y más oro, que en cajas se llevaba Hans Rein en su «schooner» mientras usted le creía cazando cocodrilos. Este hombre que me acompaña en el usufructo de un poste es Lars Olsen, un piloto mercante al servicio de Héctor Retors.

—No es posible —dijo Robert Charles—. Maimuri me habría avisado.

—No lo hizo por temor a un ojo de cristal y a un cubo de petróleo. Usted puede hablarles a los canacos. Les sonsacará la verdad. Que le digan si es cierto que dos blancos estuvieron hasta anoche en una empalizada de bambúes, donde había una campana de cristal con el ojo del mismo material perteneciente al tuerto Park.

Robert Charles retrocedió hasta dar frente al viejo canaco.

—Maimuri —pronunció con la voz peculiar que empleaba para hablar con el salvaje—. Había dos hombres blancos en el río, y no me lo dijiste. No quisiste decírmelo a mí, que soy tu amigo, tu hermano…

El viejo canaco irguió su corta talla esquelética. Dióse una palmada en la frente, rodando el blanco globo de sus ojos en la pintarrajeada faz.

—Hombre blanco quitóse el ojo y lo colocó en cosa que no lo tapaba al cubrirlo. Dijo que si te hablábamos de él a ti, el ojo nos perseguiría siempre. Iba con tu hermano, «El Que no Tiene Hierba en la Cabeza».

Robert Charles no alteró su impasible entonación cariñosa al decir:

—Hiciste mal en ocultármelo, Maimuri. ¿No tienes confianza en mí? ¿No sabes que yo ahuyento vuestros males porque tengo en mi poder los recursos de la ciencia blanca?

—Pero el otro blanco echó agua sucia en un cajón redondo y brillante y prendió fuego al agua sucia. Dijo que si te hablábamos de la empalizada prendería fuego al río y a todas nuestras aguas. Iba con tu hermano, «El Que no Tiene Hierba en la Cabeza».

Robert Charles hizo un gesto extraño. Avanzó y, colocando sus dos manos encima de la cabeza de Maimuri, le besó en la frente.

—Siempre debes confiar en mí, Maimuri. Ningún daño les pasará a los tuyos mientras confíes en mí y me expliques cuanto suceda. Pero ahora debes reconocer que mereces un castigo por haber empleado la lengua que yo te enseñé en mentirme a mí.

Maimuri tiró al suelo su escudo y su lanza, y por unos instantes temió Maloney que el francés iba a acompañarle en uno de los postes.

El gesto del jefe fué imitado por todos los canacos. Después Maimuri colocó sus dos manos encima de la cabeza de Robert Charles y le besó en la frente.

—Castiga, hermano mío.

—Antes de hacerlo, Maimuri, quiero decirte que mi hermano el que no tenía cabellos me engañó. Trajo dos buscadores de oro, y seguramente más traerá, pero lo evitaré. Y él os engañó, así como a todos los tuyos. El ojo era de cristal, una cosa que los blancos fabrican para sustituir los ojos perdidos. El agua que ardía era petróleo, otra cosa que los blancos fabrican.

—Tú ser sabio, hermano mío. Mataré a dos de mis esposas favoritas por haberte mentido, ya que tú todo lo sabes.

—No matarás, Maimuri. Todo ha pasado, y ya nadie vendrá a Birara, porque os dejaré que exterminéis a quien se atreva a pisar este suelo. Pero ahora debes ser castigado.

Maimuri cruzó los dos brazos delante del pecho descarnado,

—Lo que tú digas haré, hermano, mío —dijo dócilmente.

Con cierto énfasis señaló Robert Charles a los dos blancos.

—No deben ser comidos. No deben ser muertos. Los necesito. Habla con mis otros hermanos y diles que este es mi castigo por haberme ocultado algo que debía saber y que podía ser un gran peligro para todos nosotros.

Maimuri alzó los brazos, y por espacio de algún tiempo habló a los canacos en idioma repleto de sílabas repetidas y guturales. Robert Charles iba asintiendo a medida que hablaba el jefe canaco.

Cuando Maimuri terminó de hablar, todos los canacos desaparecieron al interior de las chozas, menos Kouma y Maimuri.

Robert Charles aproximóse a Maloney y recogió del suelo un machete ensangrentado. Fué cortando la liana, y después hizo lo mismo con Lars Olsen.

—Les prohibí que tocaran nunca los tubos que lanzan llamas —dijo el francés señalando los revólveres de Olsen y el ametrallador de Maloney, junto con los que habían sido enlazados—. Si supieran que con sólo apretar un índice podían también ellos producir ruido y fuego, quizá perderían el respeto a la ciencia blanca. Bendigan que hasta hoy ningún blanco se internó en esta selva.

Ross Maloney no hallaba palabras, y siguió en silencio al médico. Lars Olsen, aunque mirando de reojo las superpobladas chozas, siguió tras los dos hombres.

Fueron bajando la colina en dirección a los «bungalows».

—Gracias, «doc» —dijo Maloney súbitamente—. Será tonto lo que quiero expresar con esta sola palabra. Pero, créame, yo no sé cómo serán esos que se llaman apóstoles y seres virtuosos. Usted lo es.

—No le salvé la vida por amor al género humano civilizado —dijo el médico con tono sincero—. Mis canacos han perdido un buen banquete. ¿Quiere saber por qué le quise vivo? ¿Así como a su compañero?

—Sea por lo que sea, se lo agradezco.

—No tiene por qué. Ahora zarpará usted, y si realmente sabe lo que es el agradecimiento… ¡mate a Hans Rein y sus cómplices!

Aquella exclamación estaba pronunciada con tanto furor, que Ross Maloney quedóse sorprendido.

—Mátelos… Porque quiero evitar que algún día vuelvan con más hombres en busca de oro y mis canacos los devoren. Quiero que mis canacos vivan tranquilos. Quiero que nadie sepa que hay oro en Birara. ¡Mate a Hans Rein y los suyos! Los encontrará en Rabaul.

—Quizá no pueda evitar que algún blanco vuelva a Birara, «doc».

—Que no sea usted, capitán Maloney. Mis canacos volverán al uso de las flechas venenosas cuando perciban blancos que intenten venir al interior. Yo mismo les dirigiré en la labor sanitaria de exterminar a cuanto blanco venga.

Estaban ya próximos a la orilla. Robert Charles cruzóse de brazos.

—Y en cuanto al oro, sepa que mis canacos de hoy en adelante se dedicarán a extraerlo. ¿Sabe para qué? Para irlo llevando en lanchas al mar, muy lejos, donde lo arrojarán… Puede decirlo, si quiere, en Rabaul. Birara será una isla sin oro. ¿Irá a Rabaul?

—Ahora mismo zarparé hacia allá. Lo siento, «doc», pero si cumplo lo que usted desea es porque voy tras el oro que en un «schooner» se ha llevado Hans Rein.

—No importa el móvil, capitán Maloney. Adiós… y no vuelva nunca por Birara. Ya no hallaría a un francés misántropo, sino a uno de los que ustedes, los civilizados, llaman salvajes.

—No volveré a Birara, «doc». Se lo prometo. Y ahora… Es extraño, pero quisiera estrechar su mano.

—Gesto que prodigan entre ustedes los civilizados sin darle el sentido que antaño tuvo de fraternidad y buena voluntad. Hoy se estrechan las manos los políticos que firman tratados de agresión contra otras potencias. El tendero estrecha la mano del cliente al que explota. Todo es mentira entre los civilizados. Adiós, capitán Maloney.

—No me guarde rencor, «doc»…

—No puedo aunque quisiera. Usted puede considerarme un loco, pero yo le juro que el loco es usted al perseguir la quimera del oro.

—Cada loco con su tema, Robert Charles. Pero le respeto, porque su locura es buena, «doc». Con sus ideas a usted le meterían en la cárcel en un sitio civilizado

—Seguro —y el francés sonrió—. Es usted un humorista sin proponérselo. Y valiente. Ha olvidado ya lo ocurrido.

—¡Oh, no! Me han de pagar la muerte de Tian, Ling y el malayo. Si ellos no hubiesen instalado un «creek» en el río, mis pobres macacos no habrían servido de pitanza a los canacos. Le pasaré la factura a Reina Emma.

Robert Charles distendióse hacia delante y sus dos manos cogieron por los hombros a Ross Maloney. Sus ojos brillaban…

—¿Qué nombre dijo? —preguntó con voz entrecortada.

—Reina Emma.

—Fué la esposa de Hans Rein. Por ella… por ella me quedé aquí cuando se marchó de Gazel en un corto viaje que hizo. Ahora lo comprendo todo. Ella me desdeñó… pero vino porque Hans Rein logró casarse con ella y lo logró explicándole la riqueza de Birara, cuyo secreto le regaló.

—Reina Emma se casó con un oficial alemán…

—Lo era Hans Rein durante la guerra —y de pronto Robert Charles miró con pena a Ross Maloney—. ¿Oro y Reina Emma? Adiós, capitán Maloney. Nunca más será usted el jovial americano. El oro le ha envenenado ya, y Reina Emma añadirá más veneno a su vida. Adiós.

Marchóse casi corriendo. Ross Maloney se rascó la sien…

—¡Vaya augurios! Por suerte es un pobre loco sin maldad. Bien, Lars Olsen, aquel es mi velero. Y tú sabrás dónde está Rabaul. Quedas contratado como piloto y asociado contra Reina Emma y sus asociados.

—Lo he visto y no lo creo, capitán.

—¿El qué?

—Esta noche… El médico…

—Olvídalo, sueco. Hazte el ídem. Ahí viene una lancha en nuestra

busca. Adiós para siempre a Birara, y por mí que el buen doctor siga besando en la frente a sus canacos.

Lars Olsen hundió con deleite los pies en el agua salada.

—Hemos resucitado, capitán.

—Hablemos de cosas más prácticas. ¿Podremos dar caza al «schooner»?

—Será difícil. Tiene mucha vela y motor auxiliar. Todo lo más, podremos llegar tras ellos con pocas horas de retraso. Yo sé dónde está el «bungalow» alto de que hablaban ellos. Fuimos una vez transportar carga, y dijo Hans Rein que aquello era el «bungalow» alto. Un palacio rodeado de arboleda y jardines. Uno de los «Boomerangs» que Reina Emma tiene en Rabaul.

Capítulo VIII

RABAUL

Tres cosas desempeñan un papel primordial en la vida de los británicos: el Imperio, la Biblia y el té.

Desde que ponen la planta del pie en una comarca que sea próxima al Polo Norte o en el centro de la línea ecuatorial, empiezan por organizar la defensa y el comercio, elevando hangares y fundando clubs. Sus colonias llevan la marca de su mentalidad especial, de la que no pueden desprenderse, como el caracol es incapaz de desembarazarse de su concha.

Es una de las razones, y quizá la más importante, por la que todas las ciudades diseminadas por los cuatro rincones del mundo del Imperio se parecen entre sí como gemelas.

En Brisbane, la australiana, en Calgary, la canadiense, o en Durban, la africana, cualquier «globetrotter» tiene la impresión de hallarse en un barrio de Londres o Birmingham.

Rabaul, capital de Nueva Guinea, no era una excepción a esta regla. Se parece a cualquier pequeño villorrio de Sussex o del Hampshire con la diferencia de que hace mucho calor, que hay palmeras y que se tropiezan indígenas cuya vestimenta se compone de una especie de pequeño delantal de multicolor policromía.

Hay un terreno de golf, pistas de tenis, avenidas umbrías donde por las mañanas del domingo, amazonas y jinetes pasean a caballo.

Hay una farmacia, un hospital, tribunal, un establecimiento que pretende ser una pastelería, tres hoteles, dos clubs, iglesias, una biblioteca, abogados, médicos, pequeños funcionarios enfermos del hígado y maniáticos, comadres que saben la vida y milagros de cada cual, esposas incomprendidas, maridos que se aburren, reuniones de familia en tertulias, matrimonios de conveniencia y cenas-bailes donde las muchachas coloniales, hijas de funcionarios, sostienen entre sus manos enguantadas un *carnet* decorado con palomas de color lila, en el que apuntan los nombres de los caballeros que expresan respetuosamente el deseo de bailar con ellas.

En los armarios, los hombres guardan un sombrero de copa y una levita, y las mujeres sueñan y hablan frecuentemente del tiempo en que residían en Sidney o Melbourne, acotando sus recuerdos con

suspiros de nostalgia.

Las jóvenes flirtean con los secretarios y los adjuntos de sus padres, en espera de que el joven cortejador reciba un aumento de paga o un ascenso que le haga trasladar a una residencia mejor.

Los figurantes habituales del guiñol de las ciudades de provincia están al completo en Rabaul: está el matrimonio que nadie frecuenta, el señor muy instruido que todo lo sabe, el Don Juan engomado e irrepetible, la esposa infiel y el hombre que bebe porque se siente desgraciado…

Para el turista de paso, los habitantes de Rabaul le sugieren la idea de que deben ser felices en aquella ciudad isleña dotada de tantas bellezas, lejos del tumulto de las grandes metrópolis y de sus preocupaciones mezquinas. Piensan que nada debe turbar su existencia fácil y despreocupada.

Pero se equivoca. Los habitantes de Rabaul, como los de las demás ciudades costeras que dan frente a la costa norte de Australia, son presa a un mal que los tortura y los hace desgraciados: la fiebre del oro atormenta sus espíritus, mientras que la malaria roe sus cuerpos. Pero es más peligrosa la primera enfermedad.

Cuando la malaria los ataca, tiemblan, tienen temperatura y llaman al médico. Pueden curarse. Pero la fiebre del oro no conoce remedio. Posee por entero a su víctima sin darle reposo. Provoca alucinaciones permanentes, persigue constantemente a su víctima noche y día, y hace soñar a los temperamentos más fuertes y realistas.

Acaba por hacerles abandonar sus hogares y romper con sus familias y empleos, hijos y carrera, buscando en el silencio amenazador de la jungla el único remedio: el oro. Piedras y polvo amarillo…

Todo el mundo habla de lo mismo y todo el mundo piensa en ello. El médico, después de haber examinado a su último paciente; el abogado, después de haber terminado su defensa; el tendero, después de haber cerrado su almacén, entran en sus casas consultando *carnets*, anotaciones, planos y hojas.

Buscan un lugar, una montaña o un río que escondan oro, siempre el oro. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, no sueñan más que en la rápida fortuna que les convierta de la noche a la mañana en Cresos modernos.

Y en Rabaul, en 1921, la vida era siempre la misma. En los bares, hombres vestidos de blanco acechaban la llegada de algún desconocido. Vaciaban sus vasos con rapidez y tan pronto veían alguien que no conocían se acercaban a él.

—¿De qué comarca viene, señor? —preguntan al viajero, y casi

antes de que éste replique añaden—: ¿*Whiskey* o ginebra?

En los bares de Rabaul, la respuesta no importa. La comarca de origen, la religión que se profesa, el color de la piel, el contenido de un pasado, los antecedentes penales, todo eso no interesa de nadie.

Por pura cortesía se preguntan al recién llegado algunas cuestiones triviales, y se le ofrece ritualmente el *whiskey* o la ginebra. Cuando el turista ha absorbido el líquido dorado o blanco, empiezan ya por el mismo orden siempre los únicos puntos que interesan a los habitantes de Rabaul.

—¿Cuántos granos de quinina toma por día?

Esta pregunta no sorprendió al capitán mercante que se había instalado a la barra del bar, porque ya Lars Olsen le había prevenido.

Sin beber la ginebra ofrecida, Ross Maloney replicó al muchacho con trazas de oficinista:

—Empecé hoy a tomar cuatro granos.

—¿Dónde compró la quinina?

—En la farmacia de la esquina, hace cuatro minutos, apenas he desembarcado.

No tenía por qué explicar que si venía al bar era para dar tiempo a que Lars Olsen, que se había ya internado hacia el comedor, tomara sus informes sobre el «schooner» de Héctor Retors, así conocido en Rabaul.

Un hombre ya maduro, cuyo rostro estaba bronceado por el sol y enmarcado por una cabellera esponjosa y blanca, se acercó a Maloney hablando con voz apacible:

—No haga caso, capitán, a la charla de ese cotorro. ¡Qué importa la malaria y la quinina! Todos reventaremos de cirrosis del hígado. Es inevitable. Ese calor y tanto *whiskey*… ¿Comprende? ¿Está de paso o ha venido para ir «allá»?

—¿Allá? ¿Dónde es eso? —preguntó Maloney receloso.

—A buscar oro, ¿no?

—¡Cáscaras! ¿Y usted cómo lo sabe?

El de los cabellos blancos rió con indulgencia.

—¡Bah, bah, muchacho! No es preciso que disimule. Todos los que vienen aquí, aunque sean capitanes mercantes, buscan oro. Puede hablar sin temor. Todos los que estamos aquí hemos ido allá… Vea este pájaro. Aquel del rincón, al que le falta una oreja. Tuvo un día veinte mil libras. Pero las perdió en Australia en las carreras. ¿Ese camarero? ¿Cree usted que siempre sirvió *whiskey* y ginebra? No, señor. En tres años «lavó» oro por más de cincuenta mil libras de un arroyo cerca de Watut. ¿Y yo? Mire. Todavía tengo algo…

Abrió su camisa, mostrando un pecho abombado quemado por el

sol. Llevaba bajo su camisa, atado al cuello por un bramante, un saquito de piel de serpiente. Extrajo del saquito varias pepitas que colocó encima del mostrador.

Piedras pequeñas, guijarros grisosos, tierra calcinada, con vetas amarillas. Oro… Varias manos temblorosas por la acción combinada del alcohol, del calor tórrido y de la emoción se tendieron hacia las pepitas. Y pasaron de unas manos a otras.

Ross Maloney aguardaba el regreso de Lars Olsen.

—Esta «nugget» viene de Morobe —declamó el hombre de los cabellos blancos—. Esta otra de Ramu… He aquí una de Waria… Sesenta por ciento… Amalgamación… Formación aluvial… Extracción hidráulica…

Para cortar las discusiones, en las que cada uno pretendía saber más que los otros, Maloney se encaró con el buscador prematuramente encanecido,

—Usted es buscador. ¿Sabe exactamente dónde puede ahora encontrarse oro?

—No, señor; no ahora por el instante. Pero un amigo mío partió hace dos meses hacia el valle Markham. Cuando encuentre algún filón nos enviará un mensaje y nos reuniremos con él. Mientras, aquí aguardamos. Como en todos los bares de Rabaul…

Lars Olsen acercóse apresuradamente.

—Cuando quiera, capitán.

Ross Maloney arrojó un dolar sobre el mostrador, y siguió a su nuevo piloto hasta el exterior.

—El «schooner» está anclado en la bahía sur. Pero un conocido mío ha visto desembarcar a Héctor… a Hans Rein, que hace apenas media hora ha tomado a solas el camino del «bungalow» alto, el «Boomerang» de Reina Emma.

Capítulo IX

REINA EMMA

Pese al sol, Hans Rein dirigíase a buen paso hacia lo alto de Rabaul. Hacia los jardines con surtidores y la arboleda que rodeaba el «bungalow» de la que un día fué su esposa.

La fascinante Emma Travers, hija de una samoana y de un yanqui de San Francisco. La mestiza que a la languidez de ciertos momentos sabía rescatarla con una inteligencia activa de mujer para la cual todo era negocio.

Habían sido dos años de alternada delicia y frenético furor. Para Hans Rein, el oficial alemán durante la guerra, geólogo después, Reina Emma era el suplicio de Tántalo…

Y prefirió aceptar el divorcio. Era como abandonar un tesoro cuya vigilancia consume la existencia, y cuya posesión no es completa.

Mas que un matrimonio por amor, la propia Emma Travers habíale confesado que se casaba con él porque admiraba la astucia y la calma con que Hans Rein, adoptando para los de Rabaul el nombre de Héctor Retors, había logrado planear su propósito de apoderarse de todo el oro de Birara, contando con la inconsciente ayuda de Robert Charles.

Seguía amando y deseando a Emma Travers, pero ahora sólo le obsesionaba lograr acumular el tesoro real de Birara.

Atravesó el jardín, dotado de artificiales pinos embalsamados por procedimientos químicos, y por los surtidores que vertían hacia lo alto agua helada por Espirales serpentinas frigoríficas.

Varios «boys», canacos sometidos, le salieron el encuentro. Hans Rein les ordenó que todos ellos fueran a la bahía sur para proceder al transporte del cargamento del «schooner».

Todos obedecieron y sólo quedó el más viejo de ellos, que actuaba de mayordomo.

—Tú también.

—Reina Emma no está en casa, «master».

—Ya vendrá cuando sepa que estoy en el «bungalow».

—Partió lejos. No saber cuándo volverá, «master».

—Vete al «schooner».

Obedeció el viejo canaco, y Hans Rein entró en el lujoso vestíbulo

del «bungalow». Fué atravesando varias habitaciones hasta llegar al aposento donde bajo las alfombras se ocultaba el tesoro de cajas repletas de pepitas de oro, extraídas del río de Birara y allí escondidas por el propio Hans Rein.

Era una vasta habitación que los «boys» consideraban el santuario de Reina Emma. No había ventana alguna, pero un frescor agradable se esparcía por la sala.

Los ventiladores refrigeraban el espacio, y Hans Rein, con voluptuosidad, tendióse en una mecedora, cerca de la mesita donde una lámpara de petróleo perfumado con esencia de sándalo vertía una tamizada luz.

Sabía que Reina Emma vendría de un momento a otro, y aunque tardase días, la espera no sería impaciente, ya que le harían compañía Oehldorff y Park.

Tenía que explicarle que había abandonado la isla, sin despedirse de Robert Charles, y acuciado por el temor de que un americano, el autor de la muerte de los tres marinos, por lo que había explicado el inglés recientemente enrolado, hubiese contado al médico francés lo que le había revelado Lars Olsen.

Cuanto explicó el marino inglés llevó a Hans Rein al convencimiento de que en el «creek» les aguardaban el americano, Lars Olsen y los tres orientales.

Fué Oehldorff quien, al acabar el inglés su relato, le dió muerte. Después, pudiendo más que el temor de la muerte la atracción de las cajas de oro que aún quedaban en el «creek», bajaron armados hasta los dientes.

El ruido de los «tam-tams» les ilustró y rieron alegremente al llegar sin contratiempos al «creek». El americano y sus acompañantes estaban en poder de los caníbales…

Por eso ahora Hans Rein, tendido placenteramente en la mecedora, meditaba que el secreto de Birara lo seguía siendo.

Aquel marino americano y el traidor sueco adornarían ya con sus cabezas la cúspide de alguna choza canaca.

Siguió entregado a sus ensueños reales, porque sus pies reposaban sobre alfombras que ocultaban un fabuloso contenido de cajas de oro.

***

Lars Olsen señaló el jardín y la arboleda.

—Este es el «Boomerang», capitán.

—Guárdame las espaldas, piloto. Yo atenderé a lo que esté frente a mí.

—Los «boys» que bajaban por el camino venían de este

«bungalow». Irán seguramente a cargar las cajas.

—Entonces sólo nos encontraremos a Reina Emma y su primer esposo. Aquí no hay caníbales ni lianas, piloto. Si vigilas bien mis espaldas, todo irá en marcha.

Con largas zancadas apresuradas atravesó Maloney el jardín y subió las escaleras del gran «bungalow»..

Tras él, Lars Olsen, apoyadas las dos manos en las culatas de los *Colt* que enfundaba en su cinto, miraba a su alrededor.

Atravesó Maloney varias salas, y la luz rojiza que brotaba de una de ellas le hizo recordar la que transparentaba por la empalizada de bambúes.

Pero Birara estaba lejos, y aquello era una mansión «civilizada» de la capital de Nueva Guinea.

—¡Hola, Hans Rein! —saludó, deteniéndose en el umbral.

El interpelado pareció despertar de un éxtasis. Pero demostró que su corpulencia era elástica cuando puños cerrados se abalanzó hacia la «visión».

Cargó fieramente, con atisbos de pasmo, hacia el hombre que presumía devorado por los canacos de Birara.

Ross Maloney limitóse a alargar la envergadura de sus dos brazos, y en doble impacto detuvo la acometida del ex geólogo.

El primer choque dió en la frente de Rein, y simultáneamente el otro puño hundióse en su estómago. Cayó hacia atrás Rein, sentado encima de la alfombra.

—Así estarás mejor, Hans Rein.

Pero el aludido acababa de asir una mesa que lanzó hacia Maloney. Era la que soportaba la lámpara.

Y al esquivar, Maloney cogió al vuelo la pantalla, que enardecido arrojó de rechazo contra el que en pie ya se disponía a atacarle de nuevo.

La lámpara estrellóse contra la sien de Hans Rein, inflamándole el rostro…

Con una alarido de dolor, Hans Rein llevóse ambas manos al rostro chamuscado, y cegado corrió hacia el exterior.

Lars Olsen le siguió para verle cómo hundía el semblante en él charco de un estanque producido por uno de los surtidores. Aplicó uno de sus revólveres contra la espalda de Hans Rein.

—Ya se pasó el chispazo, Hans Rein. No debiste atacar al capitán Maloney. Gasta unas bromas muy pesadas.

Hans Rein, en alto los brazos, avanzó, empujado por la presión del cañón de revólver.

Cuando Lars Olsen llegó al umbral del santuario de Reina Emma,

se detuvo, aferrando por un hombro a Hans Rein y sin olvidarse de presionar con el revólver.

Contempló cómo, a pisotones, Ross Maloney estaba apagando el incendio que en una de las alfombras había provocado la lámpara de petróleo al desparramarse su contenido por el suelo, en combustión.

—El amigo fué a remojarse —comentó Lars Olsen.

—Átalo y mételo en ese rincón —indicó Maloney señalando con la mano hacia una esquina mientras seguía dedicado a la tarea de apagar el conato de incendio.

Mientras se dedicaba a ello examinaba el umbral de cuando en cuando. Dejó de hacerlo cuando ya Lars Olsen volvió a ser el que le guardaba las espaldas.

De pronto, Maloney se agachó, terminada ya su labor. Humeaban los restos de la alfombra.

En vez de suelo veíanse láminas de acero marcadas con números. Miró de pronto hacia Hans Rein y le vió atado y amordazado, mirando con ansiosa luz en los ojos las láminas de acero.

—¡Cáscaras! Este suelo tiene algo de extraño, piloto. ¿Qué opinas?

Vuelto de espaldas a él, Lars Olsen replicó:

—Aclárame, capitán. ¿Qué hay de extraño?

—En vez de tierra o ladrillos hay hojas de acero con números. ¿Cámara de refrigeración?

Haciendo palanca con el cañón de uno de sus *Colt*, logró Maloney abrir la cubierta de uno de los compartimientos. Silbó cuando comprobó que contenía varias cajas precintadas.

—Dimos con el alijo, piloto.

Lars Olsen volvióse.

—¿El oro? —dijo casi atragantándose.

—Sí. Esas son las cajas.

—Cierto. Lo son. Yo mismo las vi cargar.

—Bien. Aquí se impone aplicar el proverbio de quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón. Este oro pertenece a Robert Charles según mi modo de ver. Hans Rein se lo robó. Ahora nosotros tenemos una misión. Aguardar a los «boys» y reducirles a la pasividad. Lo mismo con Oehldorff y Park. Después, ya que la dueña de la casa está ausente, lo cual celebro, aguardaremos a que sea de noche. Irás en busca de todos los hombres de a bordo, para que en un sólo viaje nos quedemos con la carga completa. Ahora vuelve a tu sitio, piloto.

—Somos… somos ricos, capitán… Ricos… —balbuceó Lars Olsen con los ojos extraviados.

—No lo somos hasta que todo esto esté a bordo del «Panther». Afirma los pies, piloto, y no te marees. No pierdas la brújula…

Lars Olsen mantenía la vista fija en las cajas, como fascinado… Uno de los tapices a espaldas de Maloney movióse lentamente, y un cañón de rifle asomó.

El estampido atronó la estancia, y Lars Olsen se llevó las dos manos al pecho…

Ross Maloney saltó de costado, sin saber de dónde procedía la agresión. Enfocó el umbral con sus dos *Colt* que acababa de desenfundar…

La polvareda del humo auroleó la figura de Lars Olsen que engarabitando las manos cayó de bruces sobre el compartimiento, cubriendo con su pecho atravesado por el disparo las cajas ansiadas.

Ross Maloney siguió apuntando hacia el umbral doblados los brazos por el codo, separadas las manos a altura de los hombros, empuñando los dos *Colt*.

Súbitamente, un brusco contacto en su espalda le hizo quedarse rígido.

—Por favor. No haga compañía al traidor sueco.

Más que la impresión del inconfundible rifle, lo que hizo quedarse rígido al americano fué el cadencioso sonido de la voz femenina. Quedóse con las manos tal como estaban: en alto y soportando las dos culatas de los *Colt*.

—El sueco está muerto. No fallo mis disparos a tan corta distancia, se lo afirmo —siguió diciendo la voz femenina—. Arroje sus revólveres hacia donde se halla mi primer marido.

Ross Maloney no quiso volver el rostro. Sabía que era Reina Emma quien le hablaba. Sabía también que no podría rehuir el disparo que a bocajarro le mataría si pretendía zafarse.

Meditó velozmente, mientras como un autómata, lanzó sus dos revólveres contra el cuerpo atado de Hans Rein.

—Oí sus comentarios con el traidor sueco, capitán —prosiguió dulzona la voz femenina—. Creo que me resultará interesante cuanto quiera contarme, capitán. Su plan era ingenioso… No se mueva, se lo ruego. Usted sabe reconocer por el contacto un rifle de repetición. Queda una carga para usted, capitán.

—Oiga, hermana. Si quiere apretar el gatillo, hágalo ya. Pero tengo muchas cosas en el buche, y quizá podríamos hacer negocio usted y yo.

Una risa melodiosa, suave, llena de burla invadió los oídos de Maloney.

—No está usted en postura airosa, capitán, para tratar de negocios.

—¡Oh, no lo crea, hermana! Estoy con un rifle contra el talle, pero eso no obsta para que yo sepa muchas cosas que ignoran Hans Rein,

Oehldorff y Park. Cosas por las que le convendrá hacerme su socio.

—Le oiré con placer, capitán. Pero ahora siga delante de mí hasta otra habitación. Obedezca al mandato de la presión.

—Soy hombre galante, hermana.

Y Ross Maloney empezó a andar empujado por el cañón del rifle.

—A la derecha, haga el favor. Aquella puerta…

Apenas Ross Maloney hubo cruzado la puerta indicada, oyó como ésta se cerraba violentamente. Estaba en un lugar totalmente a oscuras. Palpó los muros convenciéndose de que era un reducido cuarto de paredes herméticas y heladas.

—¡Cáscaras! ¡Triple idiota! ¡Maldito oro! Me revienta… pero no tengo más remedio que reconocer que de aquí dentro no saldré si no me abre la puerta esta… esta buena señora apodada Reina Emma.

Dejóse resbalar hasta quedarse sentado. Hacía frío… Estornudó… Pero no era sólo un ambiente helada… Una nubecilla acre se elevaba del suelo. Un olor picante…

Quiso incorporarse, pero ya el éter había actuado en su vaporización. La «cámara de anestesia» de Reina Emma había funcionado, entregándole inerme a un nuevo prisionero.

